

Hannah Arendt

Alianza editorial

La mentira en política

La mentira en política

Reflexiones sobre *Los fragmentos del Pentágono*

La mentira en política

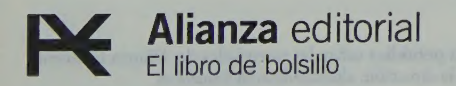
Reflexiones sobre *Los documentos del Pentágono*

Hannah Arendt

La mentira en política

Reflexiones sobre *Los documentos del Pentágono*

Introducción de Nuria Sánchez Madrid
Traducción de Carmen Criado



Título original: *CRISES OF THE REPUBLIC: Lying in Politics. Civil Disobedience. On Violence. Thoughts on Politics and Revolution.*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con HarperCollins Publishers LLC.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Tropas del ejército se reúnen con su Comandante en Jefe, el Presidente Richard M. Nixon, en su visita a Vietnam (15 de julio de 1969).
© Keystone Pictures USA / agefotostock
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez



Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-810-3
Depósito legal: M. 5.613-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Introducción
Denunciar la posverdad *avant la lettre*

El lector tiene en sus manos uno de los escritos de intervención más representativos del penetrante estilo intelectual de Hannah Arendt. *La mentira en política (Lying in Politics)* extrae lecciones de enorme peso de la encendida discusión que provocó en la sociedad civil norteamericana de comienzos de los setenta la publicación de extractos de un informe gubernamental centrado en las decisiones adoptadas por Estados Unidos en relación con Vietnam de 1945 a 1967, conocido como *Los documentos del Pentágono (Pentagon Papers)**. El mensaje con que Arendt participa en el debate generado por este inesperado estudio parte de las distinciones conceptuales tan del gusto de la autora –el *distinguo* que su amiga Mary McCarthy ca-

* Dichos documentos se conocen también, informalmente, como *Los papeles del Pentágono* (N. del E.)

lificó como una de sus divisas–, que sitúan a ciertas mutaciones contemporáneas de la política ante sus propias contradicciones. Entre ellas, es preciso subrayar lo que desde hace años solemos calificar de *posverdad,* un concepto cuyos riesgos Arendt escudriña con perspicacia en este opúsculo.

El escrito insiste en repetidas ocasiones en la ambivalencia de un dato fáctico. Nada permitía vaticinar que en 1967 el secretario de Defensa de Estados Unidos fuera a interesarse por poner a disposición de las generaciones futuras un balance con aspiraciones de objetividad de la información y estrategias que habían regido la política del país en Vietnam y su entorno geográfico. La política estadounidense había abrazado ya una deriva que solo conducía al desprecio del principio de realidad. Sin embargo, algunos de sus principales protagonistas todavía albergaban en su interior algún interés por comprender lo acontecido realmente. Pertrechada de unas exigencias epistémicas que no parecían atraer ya en el último tercio del siglo XX a los profesionales de la política estadounidense, Arendt exhorta a abandonar la creciente teatralización de la política en nombre de un retorno sosegado a los hechos, acompañada por la humildad propia de quien es consciente de la finitud de su enfoque en contraste con la temeridad de quienes pretenden alcanzar un control absoluto de la realidad. En esa misma línea, estas páginas nos recuerdan que nadie indispuesto con la

contingencia podrá implicarse con prudencia en las tareas de gobierno.

Como recoge la siempre reveladora biografía de Elisabeth Young-Bruehl[1], Arendt redactó el escrito en una etapa de luto personal –un año antes había fallecido su segundo esposo, Heinrich Blücher–, mientras residía como huésped en la casa de veraneo en Castine (Maine) de Mary McMarthy y del marido de esta, James West. Arendt remplazaba así sus habituales estancias estivales en Tegna, en el cantón suizo del Ticino, región frecuentada en verano con Blücher, por el tranquilo apartamento situado encima del garaje de sus amigos. En ese entorno la pensadora pudo dedicarse a una de las actividades de las que más disfrutaba, a saber, responder a la aparición pública de los acontecimientos con orientaciones útiles y explicaciones sencillas, pero implacables con la denuncia de peligros como era el caso del nihilismo narcisista sembrado por los asesores gubernamentales ya hegemónicos en la América de los setenta. El antecedente de las figuras que actualmente se tildan de *gurús* de los líderes políticos. El ensayo se publicaría en noviembre de 1971 en la *New York Review of Books,* despertando el interés tanto del público académico como del atraído por cuestiones cruciales para la sociedad civil, de lo que

1. Véase E. Young-Bruehl, *Hannah Arendt. For Love of the World,* New Haven y Londres, Yale U.P., 1982, pp. 446-447.

dan muestra las conferencias derivadas del texto que la autora impartió en el semestre de invierno del curso 1971/1972 en Haverford, Carleton, Notre Dame y Harvard. Como señala de nuevo Young-Bruehl, el planteamiento de Arendt mereció también un lugar relevante en la discusión sobre *Los documentos del Pentágono* organizada por la revista *Partisan Review* y protagonizada por Hans Morgenthau y Noam Chomsky. No era el mejor momento para dispersarse en debates concernientes a la «ontología del presente», pues Arendt tenía entre manos la redacción de *La vida del espíritu,* pero con todo no dejó de implicarse en intentar arrojar algo de luz sobre la maltrecha salud del espacio público norteamericano a comienzos de los setenta, enrarecido por la supeditación del juicio a relatos visionarios que comprometían la suerte del país.

Nadie que lea *La mentira en política* podrá sostener que Arendt huyó de debates de envergadura en el último periodo de su vida. Por el contrario, resulta admirable la finura con la que diagnostica los flancos más débiles de la «cocina política» instalada desde el final de la Segunda Guerra Mundial en Washington. Llama especialmente la atención la determinación con que la autora condena la reducción de intereses colectivos a meros estados de opinión, volubles y susceptibles de una manipulación más o menos elaborada. En esta tendencia definitoria de su época encuentra un auténtico crematorio

del viejo arte de la política, actividad que Arendt nunca dejó de entender como la fuente de la «vida buena», esto es, una existencia digna para todos los miembros de una misma comunidad, con independencia de su procedencia, religión, cultura o clase social. Por ello precisamente, al percibir que las encuestas y las audiencias comenzaban a dominar el espacio político en la nación que la había acogido desde 1941, Arendt vaticina que el mismo presidente de la República norteamericana se sentirá prisionero de los dictámenes de sus asesores, incapaz de tomar decisiones que respondan a su propio criterio, al quedar este desdibujado en medio de intentos desesperados por preservar la imagen exitosa de un país, incluso al precio de negar los sucesos más perentorios. De todo ello trata este opúsculo, cuya actualidad avala la lamentable crisis coronada por la retirada de tropas estadounidenses y aliadas de Afganistán en agosto de 2021. ¿Para qué sirvieron veinte años de misiones militares y la ocupación extranjera del país? Entonces como ahora la voluntad de aparecer como el país tutelar de la democracia y el orden globales empujó a Estados Unidos a embarcarse en una empresa condenada al fracaso por su incapacidad de contribuir a la transformación social de países hundidos a partes iguales en la miseria, la ignorancia y la corrupción. Como es bien sabido, las armas resultan de nula utilidad cuando se trata de levantar estructuras civiles sólidas.

Cuando Arendt se pronuncia acerca de la publicación de *Los documentos del Pentágono,* ya cundía en la sociedad urbana estadounidense un extendido sentimiento de decepción con respecto a las empresas bélicas puestas en marcha por Washington desde 1945. El inmenso sufrimiento social del pueblo norteamericano en virtud de las bajas que tales conflictos comportaban, acompañado del daño psicológico y físico con que los soldados volvían del frente, había generado un clima de sueños rotos, acunados por el anhelo distópico de controlar geoestratégicamente al resto de los países del orbe. La sociedad estadounidense llevaba décadas experimentando en carne propia los lamentables efectos de tales «horizontes de grandeza», en la ausencia del más mínimo espacio de reflexión pública en condiciones de determinar las ventajas y desventajas derivadas de una política que Arendt se resiste a calificar como imperialista, al entenderla más bien como resultado del hechizo de una torre de marfil que confunde los cálculos temerarios con el sano juicio. En medio de una indigencia tan extrema, Arendt, atenta siempre a las paradojas, repara en el carácter de signo histórico que posee el informe detallado sobre las relaciones mantenidas por el país con Vietnam del Norte y del Sur y el entorno del Sudeste asiático que el secretario de Defensa de Estados Unidos, Robert McNamara, encargó en 1967 al experto en seguridad nacional Leslie Gelb. La intención era levantar

un acta detallada de la información con que el gobierno de Estados Unidos había contado desde esa fecha para diseñar su estrategia política en aquel entorno geográfico. Para acometer la empresa, Gelb contrató a 36 altos mandos militares, expertos en inteligencia militar e historiadores, que recibieron la misión de elaborar informes y estudios reveladores sobre ese periodo de la política exterior estadounidense. El conjunto del trabajo ocupó 45 volúmenes. McNamara se disponía a escribir unas líneas decisivas en la historia de la revelación de secretos gubernamentales de interés para el pueblo norteamericano. Ahora bien, como suele ocurrir con las obras, su impacto público puede no ser del gusto del artífice y McNamara perdió el control de la divulgación de los documentos.

El reportero del *New York Times,* Neil Sheehan, obtuvo en la primera mitad de 1971 la filtración de algunas piezas del trabajo colectivo facilitadas por el funcionario del Pentágono Daniel Ellsberg, que había participado en él y se sentía indignado por los descubrimientos realizados sobre el sinsentido de la guerra con Vietnam. La publicación a partir de junio de ese año de algunos extractos en el *New York Times* –«Archivo Vietnam» era el encabezado de los artículos– y posteriormente en el *Washington Post* desató una conmoción en la sociedad civil de Estados Unidos, golpeada desde hacía décadas por un conflicto bélico cuya legitimidad y sentido todos

parecían haber olvidado menos el presidente Nixon. Si bien ambos periódicos fueron obligados a detener la publicación debido a una orden del fiscal general, John Mitchell, recurrieron al Tribunal Supremo, que les resultó favorable en una apretada votación, marcando un antes y un después en la exhibición de la capacidad de la libertad de prensa para alertar a la población civil norteamericana de la existencia de zonas opacas de la Administración nacional.

La edición parcial de los documentos que Arendt manejó durante la redacción de *La mentira en política* corresponde al volumen elaborado por el periodista Neil Sheehan –*The Pentagon Papers: the Secret History of the Vietnam War*– publicado por Bantam Books en julio de 1971. Arendt muestra conocer en su escrito –véase la nota 6 del capítulo 1 de la presente edición– otras dos ediciones de *Los documentos del Pentágono* que, sin embargo, confunde inadvertidamente en su referencia. Se trata, en primer lugar, de la edición de los documentos en doce volúmenes, conocida como edición de Hébert, a cargo del Departamento de Defensa de Estados Unidos, publicada en octubre de 1971 por el Government Printing Office. En segundo lugar, en la misma fecha apareció la edición del informe a cargo del senador Maurice Gravel, publicada por Beacon Press. Esta última editorial sería víctima de las represalias de un airado presidente Nixon, cuyo mandato reci-

biría su golpe de gracia apenas un año después, de nuevo gracias a la contribución de la prensa escrita, con ocasión del *Watergate,* forzando su dimisión en agosto de 1974. Fueron años esperanzadores para quienes percibían en la Primera Enmienda uno de los cimientos del orden constitucional estadounidense.

El análisis que Arendt dedica a la divulgación de *Los documentos del Pentágono* insiste en que la misma voluntad de elaborar este extenso informe evidencia la relación que mantienen la verdad y la política. Naturalmente, nadie insistió más que Arendt en que un autor como Lessing debía ser reivindicado frente a Platón como referente del valor que la apariencia desempeña en el espacio político. Pero su conocimiento de la potencia de la imagen para evadir al sujeto del mundo real en nombre de la barbarie totalitaria le aconsejaba mostrarse alerta con respecto a fenómenos como la galopante reducción psicologista del vínculo entre la ciudadanía y sus representantes políticos. En virtud de estos intereses, Arendt repara en que los documentos filtrados del Pentágono naturalmente revelaban el peso con que el engaño y el autoengaño han contado tradicionalmente en la política. Pero tan importante como este apunte resulta a su juicio reparar en dos formas contemporáneas de producción de mentira que merecen un cuidadoso examen. Se trata, por un lado, de las pamplinas –*bullshits,* podría decirse con

Harry Frankfurt[2]– generadas por las técnicas de construcción de opinión social, quintaesenciadas en las agencias de publicidad de la neoyorquina Madison Avenue, cuyos *Mad Men* representan para Arendt la antítesis de la configuración de un espacio público sólido. Por otro lado, la pensadora tiene en el punto de mira las teorías de juegos de los solucionadores de problemas, cuyo modelo de trabajo resultaba afín y, sin embargo, completamente divergente en los resultados objetivos del trabajo realizado por el *task force group* articulado por McNamara.

Como suele ocurrir en los ensayos en que Arendt repara en las contradicciones de lo que califica como «época moderna», sus observaciones sacan a la luz rasgos esclarecedores de las formas que dan sentido a la vida pública. Por de pronto, la autora repara en la proximidad en que se encuentran siempre acciones como mentir y actuar. No en vano, ambas capacidades precisan de la imaginación, pues para actuar es necesario alterar una situación determinada y apostar por otra con ayuda de ciertos principios elegidos por el sujeto. Ello representa un punto en común con el existencialismo sartreano, cuyo blindaje ideológico nunca fue del gusto de Arendt. Por otro lado, no se le escapa a nuestra autora que una de las

2. Remito a su célebre ensayo *On Bullshit: sobre la manipulación de la verdad,* trad. cast. de Miguel Candel, Barcelona, Paidós, 2006.

fuentes principales de fragilidad para la acción política procede del hecho de que las verdades fácticas no se imponen automáticamente. Lejos de ello, si no hay testimonios o testigos que los avalen y cuiden de ellos, los paisajes de una «verdad alternativa», especialmente si viene a resolver viejos enigmas y a transmitir relatos dogmáticos frente a la indeterminación del presente, pueden comenzar a resultar atractivos para una parte relevante de la población.

Es preciso señalar que Arendt siempre mantuvo viva la esperanza, incluso en los tiempos de máximo hundimiento totalitario en Europa, de que la mera acumulación de mentiras no logra transformar completamente la realidad. Como ella misma apunta, la Alemania nazi o la Unión Soviética podían negar por activa y por pasiva la existencia del paro, pero la aparición de parados en las calles bastaba para desmentir ese mensaje. Como advierte en otros lugares, y en la estela de unas sabias palabras de Montesquieu en *El espíritu de las leyes,* el ser humano resulta tan maleable que puede llegar a perder enteramente la conciencia de su propia condición si las circunstancias le fuerzan a ello[3]. El peligro más extremo residía, pues, en la capacidad de los regíme-

3. Véase la cita y correspondiente observación de Arendt en el ensayo «Comprensión y política (Las dificultades de la comprensión)», recogido en Hannah Arendt, *Ensayos de comprensión (1930-1954),* trad. cast. de Agustín Serrano de Haro, Madrid, Caparrós, 2005, pp. 383-384.

nes totalitarios para lograr que la gente común olvide la diferencia entre lo verdadero y lo falso, toda vez que, si se resiste a ello, su vida y la de los suyos se encontrarán en peligro. En caso de conflicto entre la virtud epistémica y la vida, Arendt asegura que una mayoría de seres humanos apostará por la vida, aunque esta no merezca ya la pena vivirse. Los regímenes totalitarios conocen bien ese flanco débil de la condición humana y extraen provecho de él, como también de afectos como la impotencia y el rencor que circulan inevitablemente en toda sociedad.

A pesar de no tratarse de un aspecto especialmente explorado de la obra de Arendt, esta aborda en *La mentira en política* hasta qué punto las mutaciones de la vida social pueden impactar en la relación que una nación mantiene con su clase política. El totalitarismo europeo había ofrecido lamentables ejemplos acerca de cómo se neutraliza a una sociedad, al priorizar la interpelación de una masa adocenada y carente del más mínimo interés político frente a la de clases sociales más articuladas. Pero la hegemonía de la publicidad como código dominante para la aparición pública no anunciaba horizontes mucho más halagüeños. La presión con vistas a crear discursos para consumo del público sancionaba además una inflexión mediática de la política, que va de consuno con las dos nuevas formas de mentira poseedoras de un sonoro alcance en la vida pública. En relación con la primera forma mencionada de

mentira contemporánea, Arendt enfatiza la debilidad interna de las prácticas de conformación de opinión social, cuyo objetivo es la manipulación de las creencias de la ciudadanía.

De la misma manera que la condición humana siempre encontró, a pesar de todo, un resquicio para reconstruir mundo y sentido en medio del infierno totalitario, Arendt reconoce también el éxito del mecanismo del palo y la zanahoria con que los generadores de opinión pública consiguen manipular a la población para hipnotizarla por obra de ciertas imágenes, pero añade que esos actores sociales no son capaces de colonizar a aquella enteramente. Siempre surgirán voces discordantes, aunque queden marginadas y arrinconadas por las opiniones dominantes, una fuerza tan siniestra para Arendt como para su admirado Tocqueville. La manipulación publicitaria conducía a la paradoja de que el mismo presidente de los Estados Unidos, obligado por la nueva economía de la política a rodearse de asesores de seguridad nacional, careciera de un acceso a la realidad basado en sus propios sentidos, quedando inerme ante la manipulación de los *think tanks*. Arendt añade con perspicacia que semejantes situaciones revelan la misma patología que la representada por la repetida desconexión del poder ejecutivo estadounidense con respecto al legislativo en momentos decisivos para la seguridad nacional. Ese divorcio privaría al Senado de la facultad de

aconsejar al gobierno en materias de política exterior, al estar el último más interesado en sintonizar con las veleidades de una sociedad sometida al hechizo del lenguaje publicitario.

Otro ejemplo de mutación social esclarecedora de las trampas que los círculos gubernamentales estadounidenses llevaban décadas tendiéndose a sí mismos lo suministra la forma de mentira que Arendt asigna a los solucionadores de problemas de los *think tanks* y de los departamentos universitarios del país. Algunos de ellos eran curiosamente autores de los documentos del informe encargado por McNamara. Una paradoja en la que Arendt reconoce atisbos de justicia, toda vez que quienes se habían esforzado por emborronar por medio de cálculos numéricos el discernimiento político recibieron de sus superiores el encargo de reconstruir el relato verdadero sobre las informaciones y datos en que se basaba la política ejercida por Estados Unidos en la antigua Indochina, que el coordinador del estudio tildó de «enciclopédico y objetivo» y cuya confección se ordenó «fueran cuales fueren las consecuencias» (p. 48). Arendt no deja de agradecer a este grupo de militares y expertos que hubieran desenmascarado a «los protagonistas de los hechos» *(ibid.)* y comparte con Sheehan el parecer de que la pretensión de McNamara de abrir un paréntesis en la actividad frenética de Washington para calibrar los aciertos y errores cometidos no solo en sus siete años al man-

do del Pentágono, sino desde hacía varias décadas, confirmaba que el respeto a la humanidad seguía latiendo en los corazones de «personas implicadas en una guerra injusta» (p. 98). Late, por tanto, una firme esperanza en la valoración de Arendt, pero también se percibe la indignación ante patrañas como el que los documentos clasificados no debían trascender por estar destinados a proteger *arcana imperii* especialmente delicados para la seguridad de la nación. Lejos de ello, Arendt subraya que nadie en la Administración norteamericana reparó en los innumerables convolutos de documentos que estuvieron durante décadas ante la vista de los funcionarios gubernamentales como la «carta robada» de Poe. Washington se había convertido, pues, en un entorno no demasiado distinto de la *Kakania* de Robert Musil, al procrastinar sistemáticamente una debacle inevitable. La enseñanza fundamental ofrecida por *Los documentos del Pentágono* no radicaba, pues, en que su publicación pondría en peligro la seguridad de Estados Unidos, sino en que la elaboración de una descripción prolija de la toma de sus decisiones en materia de política internacional no mereciera ninguna atención por parte de los cuadros funcionariales con mayor responsabilidad en la materia. No podía hacerlo, por irónico que parezca, toda vez que el horizonte mental de las autoridades del país se encontraba vertebrado por coordenadas en las que los hechos eran el último factor a tener en cuenta.

Nada de lo descrito habría podido producirse a juicio de Arendt sin el hermanamiento fatal de la política con las relaciones públicas, operación que habría inducido a los cuerpos de asesores a mentir para salvar la «imagen» de su país. Al tratarse por otra parte de solucionadores profesionales de problemas, su fe en un «lenguaje seudomatemático» (p. 49) tampoco los preparaba para aceptar la contingencia connatural a la política, sino que les acostumbraba a ver la realidad como apertura de una serie de dilemas que entrampaban la elección, hasta el punto de aconsejar prescindir de los hechos o producirlos directamente en aras de la «verdad» de la predicción. Les guiaba un conocido principio de la prensa sensacionalista, que cosecharía un notable éxito en su proyección política: «no dejes que la realidad te estropee una buena noticia». Arendt no podía sino lamentar que la confianza en el cálculo hubiese disuadido a las nuevas generaciones de asesores políticos norteamericanos de aprender de la experiencia, esto es, de formarse un juicio propio sobre los acontecimientos que nos rodean.

No deja tampoco de admirarse la autora de este escrito por la disposición de tales expertos para colaborar con una «empresa imaginaria» (p. 60), al encontrarse desprovistos de todo sentido de la realidad y ser incapaces de advertir el dolor efectivo que sus recomendaciones generarían. Arendt propone, por tanto, en *La mentira en política* una radiografía

perspicaz del vínculo perverso que los gobiernos de Estados Unidos comenzaron a forjar con la ciudadanía desde los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Teniendo en cuenta que el fin supremo era asentar una propaganda destinada «al consumo interno» (p. 54), lo factible o no de las empresas adoptadas por el ejecutivo resultaba un motivo inane en la compleja tramoya belicista. El texto que el lector tiene ante sí no concentra las miradas de manera oportunista en el gobierno de Nixon, sino que recuerda cómo los planes de iniciar una guerra de alto secreto contra Vietnam han de retrotraerse al comienzo de la presidencia de Dwight Eisenhower, malográndose al prever sus impulsores la más que probable resistencia del Congreso norteamericano en aquel momento. La anécdota sirve a Arendt para destacar que el tradicional respeto rendido al Congreso en la República norteamericana, que lo consideraba receptáculo de la máxima autoridad, fue remplazado posteriormente por lo que tilda de «inquietante temor al impacto que pudiera causar la derrota» (p. 55).

Este factor teatral pasaría a ser en la presidencia de Johnson el único objetivo del poder ejecutivo, por encima de hipótesis como la llamada «teoría del dominó» o la estrategia anticomunista que habían predominado al comienzo de la Guerra Fría, de la misma manera que la apuesta contra la insurgencia en la etapa de Kennedy. A todas ellas suma Arendt

la «estrategia de provocación», que buscaba incitar a Vietnam del Norte a dar un paso en falso con el fin de justificar una intervención norteamericana. Otro ejemplo elocuente es el brindado por el consejero de seguridad nacional de Lyndon Johnson, Walt Rostow. Este se basaba en una valoración del experto en Indochina Bernard Fall, según la cual, si algunas de las nuevas plantas industriales de Ho Chi Min se convertían en objetivos militares, el esfuerzo para protegerlas persuadiría a abandonar a Vietnam del Sur a su suerte. Ahora bien, como plantea Arendt, esta previsión no advertía un pequeño detalle, a saber, que el tejido industrial del país era insignificante para decidir la suerte de la guerra. La incapacidad de los expertos en *marketing* político para distinguir una hipótesis plausible del hecho que la confirme obedecería a la enseñanza más firme de *Los documentos del Pentágono,* a saber, la desconexión entre hechos y decisiones.

La acumulación caótica de presuntas metas era tal a juicio de la autora que esta no puede dejar de observar con cierta condescendencia valoraciones como las realizadas por el funcionario gubernamental John T. McNaughton, empeñadas en arrojar algo de luz y racionalidad en lo que nunca tuvo ninguna de ambas cualidades. En el memorándum elaborado por este funcionario se sostenía –p. 432 de la edición de Bantam Books de los *Pentagon Papers*– que el 70 % de los objetivos de Estados Unidos en el conflicto

con Vietnam consistía en evitar una derrota humillante, un 20 % en mantener a Vietnam del Sur a salvo de la influencia de China y solo un 10 % en exportar la libertad y el bienestar a aquella pequeña nación del Sudeste asiático. El parecido con el relato oficial mantenido durante décadas con respecto a la guerra en Afganistán o antes en Irak resulta asombroso. En realidad, podía leerse bajo ese ensayo de racionalización del sinsentido el aciago destino de una nación víctima de fantasmas oriundos de sus propias apuestas epistémicas.

El ensayo de Arendt enfoca asimismo el irónico dato de que, a diferencia de las trampas cognitivas de los presuntos expertos en soluciones, los servicios de inteligencia norteamericanos no dejaron de contar durante los años cubiertos por el informe de McNamara la verdad sobre los contextos geoestratégicos del conflicto con Vietnam. Ahora bien, de manera inexplicable sus informes no tuvieron ningún impacto en el Consejo de Seguridad Nacional. El ensayo de Arendt finaliza repasando algunos ejemplos que dan cuenta de la profunda divergencia entre las situaciones descritas por los servicios de inteligencia y las decisiones finalmente adoptadas. Entre ellos se encuentra la ya mencionada teoría del dominó, atribuida originalmente al presidente Dwight Eisenhower, profusamente utilizada por posteriores presidencias a pesar de saberla inane, basada en el temor a que por una suerte de efecto

bola de nieve el comunismo soviético comenzara a extenderse inexorablemente a nivel global si no se le plantaba cara en el terreno militar. Merece la pena recordar que proyectos tan ambiciosos como el Plan Marshall o la OTAN obedecieron a la confianza en la plausibilidad de esta hipótesis. Como evidencia ulterior del éxito efectivo de semejante argumento falaz, Arendt recuerda en este ensayo que hay historiadores que sostienen que «Truman lanzó la bomba atómica en Hiroshima para asustar a los rusos y lograr que abandonaran Europa del Este» (p. 95). Otro grupo de falsas presunciones insistía en que Vietnam del Sur estaba sometido a la influencia de una conspiración comunista externa. Arendt ofrece datos fehacientes que disuaden de construir un monolítico comunismo chino-soviético, coherente con la hipótesis del expansionismo chino, de la mano de la evidente fragmentación de los regímenes comunistas tras la Segunda Guerra Mundial. Entre ellos recoge que incluso el presidente de Vietnam del Norte, Ho Chi Min, se dirigió en 1945-1946 al presidente norteamericano Harry Truman para que apoyara la independencia del antiguo protectorado francés de Annam, correspondiente al sur de Vietnam, de la misma manera que los líderes del partido comunista chino, Mao Zedong y Zhou En Lai, intentaron mantener relaciones con Roosevelt en 1945 para no depender excesivamente de la Unión Soviética. Pero estos datos no ayudaban a consoli-

dar el imaginario que estaba en la base del conflicto con Vietnam. Por lo tanto, fueron sencillamente sepultados por el relato político oficial en Estados Unidos.

Como suele ser habitual en su análisis del mal, en el diagnóstico de Arendt no cabe una lectura en clave imperialista de la política exterior estadounidense, al considerar más atendible la inconsistencia interna de la empresa, toda vez que a todas luces los Estados Unidos no podían extraer ningún beneficio de una región de escaso interés del Sudeste asiático. Lógicamente, el planteamiento elegido descarta también tópicos que gozaron de cierto éxito en los años sesenta y setenta, como es la voluntad de calificar el conflicto con Vietnam como resultado de un «empantanamiento» (p. 78) supuestamente clave para la derrota. Por el contrario, era preciso advertir el desprecio sistemático de los hechos «geográficos, políticos e históricos» *(ibid.)* para encontrar la razón de una de las principales fuentes de daño social en la historia reciente del país. La misma opinión merecen a Arendt calificaciones rimbombantes del conflicto en los términos de una «tragedia griega», que el coordinador del informe –Leslie Gelb– gustaba de traer a colación, tanto como el lamento por las traiciones padecidas.

Si bien Arendt enfatiza la débil frontera entre engaño y autoengaño, desconocida para las élites

del poder ejecutivo en Washington, subraya que fue la libertad de información y el derecho del ciudadano a recibirla sin manipulaciones, protegida por la Primera Enmienda, el factor que impidió consumar la manipulación completa de la sociedad norteamericana y, por tanto, la salvación *in extremis* del orden republicano. Pero esa libertad no interesaba a los círculos gubernamentales más que el temor a la derrota, no tanto porque esta se consumara como dato objetivo, sino por tener que admitirla en público, lo que revela a juicio de Arendt una psicologización banal de la tarea de gobierno. La autora retrata con detalle cómo este empeño por mantener una ficción se convirtió en la única obsesión de los grupos de asesores de los presidentes de Estados Unidos después de 1945, que llegaron a no encontrar ninguna limitación material para sus argumentos al margen del contexto impuesto por sus propias expectativas psicológicas. De este planteamiento no podía resultar ningún encaje virtuoso en la realidad, pues como Arendt recuerda, «[s]olo si el jugador no arriesga nada real [...] puede confiar en el juego de los porcentajes» (p. 88). La proliferación de teorías que tienen explicación para todo muestra una ceguera epistémica ante los hechos comparable a la tendencia de dirigir descalificaciones como nazi o fascista a quienes sencillamente no subscriben nuestras posiciones, una costumbre que Arendt reprocha a la

izquierda extendida en el movimiento estudiantil norteamericano[4].

En definitiva, como espero que las páginas anteriores hayan contribuido a indicar, este breve ensayo de Arendt denuncia ante sus contemporáneos los riesgos de la elección epistémica que se había instalado con fuerza en el laboratorio de la política norteamericana, despreciando la atención a la experiencia que había conformado la tradición de construcción ciudadana en el país. Dado que esa decisión no ha dejado de acentuarse en las últimas décadas, motivando en buena parte el ascenso de los populismos a nivel global, merece la pena volver a estas páginas para extraer de ellas sugerencias que contribuyan a desmontar una concepción de la política minada por la idealización de lo imaginario. De la mano de esta, la atención a los vínculos entre verdad y política, tan necesitados de atención y cuidado como siempre recalca Arendt, salta por los aires para ceder el paso a la construcción de una realidad alternativa, que tantos puntos de contacto mantiene con el territorio cubierto actualmente por la posverdad.

Nuria Sánchez Madrid

4. Sobre esta cuestión y su tratamiento en Arendt, véase *Sobre la violencia,* editado por Alianza Editorial en versión castellana de Carmen Criado.



La mentira en política

La imagen de la mayor superpotencia del mundo matando o hiriendo gravemente a un millar de no combatientes por semana, mientras trata de someter a una nación diminuta y atrasada basándose en una cuestión cuya validez es objeto de acalorado debate, no es bonita.

Robert S. McNamara

Uno

«Los documentos del Pentágono» –como han llegado a conocerse los cuarenta y siete volúmenes de la «Historia del proceso de toma de decisiones en Estados Unidos acerca de la política sobre Vietnam» (encargada por el secretario de Defensa Robert S. McNamara en junio de 1967 y completada año y medio después) desde que el *New York Times* diera a conocer en junio de 1971 este informe secreto, abundantemente documentado, sobre el papel que jugó este país en Indochina desde la Segunda Guerra Mundial hasta mayo de 1968– cuentan historias diferentes y enseñan lecciones distintas a diferentes lectores. Unos afirman que solo ahora han llegado a comprender que Vietnam fue el resultado «lógico» de la Guerra Fría o de la ideología anticomunista, y otros, que esta es una oportunidad única para llegar

a conocer los procesos de toma de decisiones en el gobierno, pero la mayoría de los lectores se muestran de acuerdo en que la cuestión básica que plantean estos documentos es la del engaño. En cualquier caso, es evidente que esa fue la cuestión que predominó en la mente de los que compilaron *Los documentos del Pentágono* para el *New York Times,* y es al menos probable que fuera también una cuestión relevante para el equipo que preparó los cuarenta y siete volúmenes del estudio original[1]. La famosa brecha de credibilidad que nos ha acompañado durante seis largos años se ha convertido de pronto en un abismo. Las arenas movedizas compuestas por afirmaciones mendaces de todo tipo, tanto engaños como autoengaños, podrán sepultar a cualquier lector que se proponga estudiar este material, un lector que, desgraciadamente, tendrá que reconocerlo como la infraestructura de casi una década de política exterior e interior de Estados Unidos.

Debido al insólito grado de entrega a la mendacidad en política que se dio en el más alto nivel del gobierno, y a cómo se permitió al mismo tiempo que la mentira proliferase a través de todos los niveles de los servicios gubernamentales, tanto militares como civiles –en la falsificación del número de ba-

1. En palabras de Leslie H. Gelb, que dirigió el equipo: «Primordial es, naturalmente, la cuestión de la credibilidad del gobierno». Véase «Today's Lessons from the Pentagon Papers», en *Life,* 17 de septiembre de 1971.

jas debidas a las misiones de «búsqueda y destrucción», en la relación amañada de los daños causados por las fuerzas aéreas[2], en los informes enviados a Washington y escritos por subordinados que sabían que su trabajo sería evaluado por esos mismos informes[3]–, se siente la tentación de olvidar la historia anterior con referencia a la cual debía ser visto y juzgado este nuevo episodio, una historia que tampoco se había caracterizado exactamente por una virtud inmaculada.

El secreto –lo que en diplomacia se llama «discreción», y también los *arcana imperii,* los misterios del gobierno–, el engaño, la falsedad deliberada y la mentira descarada, utilizados como medios legítimos para lograr fines políticos, han existido desde el comienzo de la historia documentada. La sinceridad no se ha contado nunca entre las virtudes de los políticos y la mentira se ha considerado siempre un instrumento susceptible de justificación en política. Cualquiera que reflexione sobre estas cuestiones solo podrá sorprenderse ante la poca atención que se ha prestado a su significado en nuestra tradición del pensamiento político y filosófico, por una parte

2. Ralph Stavins, Richard J. Barnet y Marcus G. Raskin, *Washington Plans an Aggressive War,* Nueva York, 1971, pp. 185-187.
3. Daniel Ellsberg, «The Quagmire Myth and the Stalemate Machine», en *Public Policy,* primavera de 1971, pp. 262-263. Véase también Leslie H. Gelb, «Vietnam: The System Worked», en *Foreign Policy,* verano de 1971, p. 153.

por la naturaleza de la acción y, por otra, por la naturaleza de nuestra capacidad para negar, en pensamiento o palabras, cualquier cosa que se nos proponga. Esta capacidad agresiva, activa, es claramente distinta de nuestra susceptibilidad pasiva a ser presa del error, la ilusión, la distorsión del recuerdo o cualquier otra cosa de la que podamos culpar a un fallo de nuestros sentidos y nuestra mente.

Una característica de la acción humana es que siempre da comienzo a algo nuevo, lo cual no significa que le sea permitido comenzar *ab ovo,* crear *ex nihilo*. Para dejar sitio a una acción, hay que apartar o destruir algo que estaba allí, y las cosas cambian con respecto a como eran antes. Ese cambio sería imposible si nosotros mismos no pudiéramos apartarnos mentalmente de donde estamos e *imaginar* que las cosas pueden ser distintas de lo que son. En otras palabras, la negación deliberada de la verdad de los hechos –la capacidad de mentir– y la capacidad de cambiar los hechos –la capacidad de actuar– están interconectadas; ambas tienen su origen en la imaginación. No es en absoluto irrelevante que podamos decir «Brilla el sol» cuando en realidad está lloviendo (ciertas lesiones cerebrales pueden causar la pérdida de esta capacidad); más bien indica que si bien estamos adecuadamente preparados para el mundo, en cuanto a los sentidos y la mente, no estamos integrados o insertos en él como una de sus partes inalienables. Somos *libres* de cambiarlo y dar

comienzo a algo nuevo. Sin la libertad mental para negar o afirmar la existencia, para decir «sí» o «no» –para expresar nuestro acuerdo o desacuerdo no solo con respecto a declaraciones o propuestas, sino también con respecto a las cosas tal como les son dadas, más allá del acuerdo o desacuerdo, a nuestros órganos de percepción y cognición–, ninguna acción sería posible, y la acción es, naturalmente, la sustancia de la que está hecha la política[4].

Por lo tanto, cuando hablamos de la mentira, y en especial de la mentira con respecto a los hombres de acción, debemos recordar que no se introdujo accidentalmente en la política por un pecado humano. Y debido a esa razón no es probable que la indignación moral la haga desaparecer. La falsedad deliberada tiene que ver con hechos *contingentes,* es decir, con cuestiones que no contienen una verdad inherente, que no tienen que ser necesariamente como son. Las verdades fácticas nunca son necesariamente verdaderas. El historiador sabe cuán vulnerable es el entramado de los hechos en el cual se desarrolla nuestra vida cotidiana; siempre corre el peligro de ser perforado por una sola verdad, o desgarrado por la mentira organizada de grupos, naciones o clases, o negado y distorsionado, cuidado-

4. Para encontrar consideraciones más generales con respecto a la relación entre la verdad y la política, véase mi ensayo «Truth and Politics», en *Between Past and Future,* segunda edición, Nueva York, 1968.

samente cubierto por páginas y páginas de falsedades, o simplemente relegado intencionadamente al olvido. Para encontrar una morada segura en el terreno de los asuntos humanos, los hechos necesitan testimonios que les permitan ser recordados y testigos fiables que den fe de ellos. De lo cual se deduce que ninguna afirmación basada en un hecho puede estar nunca más allá de la duda, ni puede estar nunca tan blindada frente a cualquier ataque como lo está, por ejemplo, la afirmación de que dos y dos son cuatro.

Esta fragilidad es la que hace que el engaño sea tan fácil, *hasta cierto punto,* y tan tentador. Nunca está reñido con la razón, porque las cosas pueden haber sido como el mentiroso mantiene que fueron. A menudo las mentiras son más creíbles, y más atractivas a la razón, que la realidad, ya que el mentiroso tiene la gran ventaja de saber de antemano qué es lo que su audiencia desea o espera oír. Ha preparado su relato para el *consumo del público* atendiendo a poder ser creído, mientras que la realidad tiene la desconcertante costumbre de enfrentarnos con lo inesperado, para lo cual no estamos preparados.

En circunstancias normales el mentiroso es derrotado por la realidad, a la que nada puede sustituir; por grande que sea el entramado de falsedades que ofrezca un mentiroso experimentado –aunque cuente con la ayuda de ordenadores–, nunca será lo bas-

tante extenso como para cubrir la inmensidad de los hechos. Al mentiroso que puede hacer creer un número cualquiera de mentiras por separado le resultará imposible conseguirlo si miente como práctica habitual. Esta es una de las lecciones que hemos podido aprender de los experimentos totalitarios y de la estremecedora confianza de los gobernantes totalitarios en el poder de la mentira y en su propia capacidad, por ejemplo, para reescribir la historia una y otra vez con el fin de adaptar el pasado a la «línea política» del presente o para eliminar los datos que no encajan con su ideología. Así, en una economía socialista, se niega que el paro existe y el parado se convierte simplemente en una persona inexistente.

Los resultados de tales experimentos, cuando los llevan a cabo aquellos que poseen los medios para ejercer la violencia, son terribles, pero el engaño duradero no es uno de ellos. Siempre se llega a un punto más allá del cual la mentira se vuelve contraproducente, y ese punto se alcanza cuando el público al que se dirigen las mentiras se ve obligado a ignorar el límite que separa la verdad de la mentira para poder sobrevivir. Que algo sea verdad o mentira no importa cuando tu vida depende de que actúes como si creyeras que es verdadero; la verdad en la que se puede confiar desaparece totalmente de la vida pública y con ella el principal factor estabilizador en el inestable reino de los asuntos humanos.

A las muchas modalidades del arte de mentir cultivadas en el pasado, debemos añadir ahora otras dos más recientes. *En primer lugar,* la modalidad, aparentemente inocua, utilizada por los responsables de las relaciones públicas en el gobierno, quienes aprendieron su oficio de la creatividad de Madison Avenue. Las relaciones públicas no son sino una variante de la publicidad; por lo tanto tienen su origen en la sociedad de consumo y su insaciable apetito de productos distribuidos a través de la economía de mercado. El problema de la mentalidad del profesional de las relaciones públicas es que maneja solo opiniones y «buena voluntad», la disposición para comprar, es decir, intangibles cuya realidad concreta es mínima. Eso significa que puede creer que no hay límite para sus invenciones, porque carece del poder del político para actuar, para crear hechos, y por lo tanto no le afecta la simple realidad cotidiana que pone límites al poder y baja a la tierra las fuerzas de la imaginación.

La única limitación que encuentra el experto en relaciones públicas es cuando descubre que la misma gente a la que quizá puede «manipular» para que compre una determinada marca de jabón no puede ser manipulada –aunque sí obligada por medio del terror– para que «compre» opiniones e ideas políticas. Por lo tanto la premisa psicológica según la cual la gente es susceptible de ser manipulada se ha convertido en una de las principales mercancías en venta en el mercado de la opinión tanto del pú-

blico en general como de los entendidos. Pero este tipo de doctrinas no cambian la forma en que las personas se forman sus opiniones ni les impiden actuar de acuerdo con sus principios. Aparte del terror, lo único que puede ejercer una influencia real sobre su conducta sigue siendo el viejo método del palo y la zanahoria. No es sorprendente que la reciente generación de intelectuales que creció en la insana atmósfera de la publicidad rampante y a la que enseñaron que la mitad de la política es «la creación de una imagen» y la otra mitad el arte de hacer creer en esa imagen recurra casi automáticamente a los viejos principios del palo y la zanahoria cuando la situación resulta demasiado grave para la «teoría». Para ellos la gran decepción de la aventura de Vietnam debería haber sido descubrir que hay gente con la que los métodos del palo y la zanahoria tampoco funcionan.

Curiosamente, la persona con más probabilidades de llegar a ser la víctima ideal de una manipulación total es el presidente de Estados Unidos. Debido a la inmensidad de su trabajo, tiene que rodearse de asesores, los «gestores de la Seguridad Nacional» –como los ha llamado recientemente Richard J. Barnet–, quienes «ejercen principalmente su poder filtrando la información que debe llegar al presidente e interpretando para él el mundo exterior»[5].

5. Stavins, Barnet, Raskin, *op. cit.,* p. 199.

Cabe la tentación de afirmar que el presidente, supuestamente el hombre más poderoso de la nación más poderosa del mundo, es la única persona en Estados Unidos cuyo número de opciones puede estar predeterminado. Naturalmente, esto solo puede ocurrir si el ejecutivo ha roto todo contacto con los poderes legislativos del Congreso; es lo que sucede, lógicamente, en nuestro sistema de gobierno cuando el Senado se ve privado de su poder para participar o asesorar en cuestiones de política exterior o se resiste a ejercerlo. Una de las funciones del Senado, sabemos ahora, consiste en blindar el proceso de toma de decisiones frente a las veleidades y las tendencias de la sociedad en general –en este caso, frente a los excesos de nuestra sociedad de consumo y de los expertos en relaciones públicas que tratan de satisfacerla.

La segunda nueva variante del arte de mentir juega un importante papel, aunque se encuentra con menos frecuencia en la vida cotidiana, en *Los documentos del Pentágono*. Atrae a hombres mucho mejores, los que se pueden encontrar, por ejemplo, en los niveles más altos de la Administración. Son, de acuerdo con la afortunada frase de Neil Sheehan, profesionales de la «solución de problemas»[6], que

6. *The Pentagon Papers,* publicados por *The New York Times,* Nueva York, 1971, p. XIV. Mi ensayo fue preparado antes de que apareciera la edición de la Government Printing Office y Beacon Press, y, por lo tanto, se basa solamente en la edición de Bantam.

llegaron al gobierno desde las universidades y diferentes laboratorios de ideas, conocedores, algunos de ellos, de las teorías de juegos y análisis de sistemas, y por lo tanto preparados, pensaban, para solucionar todos los «problemas» planteados por la política exterior. Muchos de los integrantes del equipo de autores del estudio de McNamara, formado por dieciocho oficiales del ejército y dieciocho civiles procedentes de laboratorios de ideas, universidades y departamentos gubernamentales, pertenecen a este grupo. Ciertamente no eran una bandada de palomas –«solo un puñado de ellos mantenían una posición crítica con respecto a la actuación de Estados Unidos en Vietnam»[7]–, y sin embargo es a ellos a quienes debemos este relato verdadero, aunque, naturalmente, incompleto, de lo que ocurrió en el interior de la maquinaria del gobierno.

Se ha caracterizado a los profesionales de la solución de problemas como hombres muy seguros de sí mismos, que «parecen dudar muy raramente de su capacidad de imponerse», y que han trabajado con miembros del ejército acerca de los cuales «la historia afirma que eran hombres acostumbrados a ganar»[8]. No olvidemos que es al esfuerzo de esos expertos por llevar a cabo un examen imparcial, raro en ese tipo de personas, a lo que debemos que se frustra-

7. Leslie H. Gelb, *op. cit.*, en *Life*.
8. *The Pentagon Papers*, p. XIV.

ran los intentos de los protagonistas de los hechos por ocultar su papel tras una pantalla de secretismo (al menos hasta que escribieron sus memorias, el género literario más engañoso de nuestro siglo). La integridad básica de los que escribieron ese informe está fuera de toda duda. Desde luego McNamara podía confiar en ellos para que llevaran a cabo un informe «enciclopédico y objetivo», «fueran cuales fueren las consecuencias»[9].

Pero es evidente que sus cualidades morales, sin duda admirables, no les impidieron participar durante muchos años en el juego de engaños y falsedades. Confiados en «la posición que ocupaban, su educación y sus logros»[10], mintieron. Quizá lo hicieron guiados por un patriotismo equivocado, pero la cuestión es que mintieron, no tanto por su patria –desde luego no por la supervivencia del país, que nunca estuvo en juego– sino por la «imagen» de su patria. A pesar de su indudable inteligencia –evidente en muchos memorándums debidos a su pluma–, también ellos creían que la política no es más que una variante de las relaciones públicas y cayeron en todas las absurdas premisas psicológicas subyacentes a esa creencia.

Sin embargo, es evidente que eran distintos de los creadores de imágenes habituales. La diferencia ra-

9. Leslie H. Gelb, en *Life*.
10. *The Pentagon Papers*, p. XIV.

dicaba en que eran también expertos en la solución de problemas. No solo eran inteligentes sino que se enorgullecían de ser «racionales»; desde luego se hallaban por encima del «sentimentalismo», en un grado aterrador, y estaban enamorados de la «teoría», del mundo del puro esfuerzo mental. Deseaban encontrar fórmulas, preferiblemente expresadas en un lenguaje seudomatemático, que unieran los fenómenos más dispares que la realidad les presentaba, es decir, que deseaban descubrir leyes con las que explicar y predecir hechos políticos e históricos como si estos fueran tan inevitables, y, por lo tanto, tan fiables, como los físicos creyeron una vez que eran los fenómenos naturales.

Sin embargo, a diferencia de los científicos, que se ocupan de cosas que, sea cual fuere su origen, no han sido creadas ni controladas por los hombres, y que, por lo tanto, pueden ser observadas, comprendidas y, finalmente, incluso cambiadas solo por medio de la fidelidad más estricta a la realidad de los hechos, el historiador, al igual que el político, se ocupa de asuntos humanos que deben su existencia a la capacidad del hombre para la acción, es decir, a su relativa libertad con respecto a las cosas como son. Los hombres que actúan hasta el punto de sentirse dueños de su propio futuro sentirán siempre la tentación de adueñarse también del pasado. Debido a su deseo de actuar y a su amor por las teorías, difícilmente tendrán la paciencia del científico para

esperar a que los hechos vengan a confirmar o negar las teorías y las hipótesis. En lugar de ello, sentirán la tentación de adecuar su realidad –que, después de todo, ha sido creada por el hombre y por lo tanto podría haber sido diferente– a su teoría, liberándose así mentalmente de su desconcertante *contingencia*.

La aversión de la razón con respecto a la contingencia es muy fuerte; fue Hegel, el padre de grandiosos esquemas históricos, quien afirmó que «la contemplación filosófica no tiene otro fin que eliminar lo accidental»[11]. Efectivamente, gran parte del arsenal moderno de la teoría política –las teorías de juegos y los análisis de sistemas, los guiones escritos para audiencias imaginarias y la cuidadosa enumeración de, generalmente, tres opciones, A, B y C, en la que A y C representan los extremos opuestos y B la solución lógica del problema a medio camino entre uno y otro– surge de esa aversión profundamente arraigada. La falacia de este razonamiento comienza cuando se reduce la elección a dilemas mutuamente excluyentes; el tipo de razonamiento que presenta tanto A como C como no deseables y por lo tanto se decide por B apenas sirve más que para distraer la mente y embotar el juicio con res-

11. *Die Philosophische Weltgeschichte. Entwurf von 1830: «Die philosophische Betrachtung hat keine andere Absicht als das Zufällige zu entfernen».*

pecto a la multitud de posibilidades reales. Lo que los expertos en la solución de problemas tienen en común con los mentirosos comunes y corrientes es que unos y otros intentan prescindir de los hechos y confían en poder hacerlo gracias a la contingencia inherente a ellos.

La verdad es que eso nunca puede conseguirse por medio de la teoría o la manipulación de la opinión pública, como si un hecho pudiera hacerse desaparecer si un número suficiente de personas creyera que no existe. Solo puede conseguirse por medio de una destrucción radical, como en el caso del asesino que *afirma* que la señora Smith ha muerto y luego la mata. En el terreno de la política esa destrucción tendría que ser masiva. Huelga decir que nunca ha existido a ningún nivel del gobierno de este país la voluntad de llevar a cabo una destrucción masiva, a pesar del terrible número de crímenes de guerra cometidos durante la guerra de Vietnam. Pero incluso cuando existe esa voluntad, como ocurrió en los casos de Hitler y de Stalin, el poder necesario para hacerla realidad tendría que ser absoluto. Para eliminar el papel que jugó Trotski en la historia de la revolución rusa no habría bastado con matarlo y borrar su nombre en todos los documentos rusos; también habría sido necesario matar a todos sus contemporáneos y controlar las bibliotecas y archivos de todos los países del mundo.

Dos

El hecho de que el ocultamiento, la falsedad y la mentira deliberada se convirtieran en las principales cuestiones con respecto a *Los documentos del Pentágono* frente a la ilusión, la equivocación, el error de cálculo o cosas semejantes se debe principalmente a la desconcertante circunstancia de que las decisiones erróneas y las afirmaciones mendaces contradecían constantemente los informes de los servicios de inteligencia, sorprendentemente precisos, al menos tal como aparecen documentados en la edición de Bantam. La cuestión crucial no es solamente que la política de la mentira raramente se dirigiera al enemigo (esa es una de las razones por las que los papeles no revelan ningún secreto militar al que pudiera afectar la Ley de Espionaje), sino que iba destinada principalmente, si no de forma

exclusiva, al consumo interno, a la propaganda dentro del propio país y, especialmente, a engañar al Congreso. El incidente de Tonkin, con respecto al cual el enemigo conocía todos los hechos y el Comité de Asuntos Exteriores del Senado ninguno, es un buen ejemplo.

Todavía resulta más interesante que casi todas las decisiones referentes a esta desastrosa empresa se tomaron con total conocimiento de que probablemente no podrían llevarse a efecto: de ahí que los objetivos tuvieran que cambiarse constantemente. En primer lugar están los objetivos proclamados públicamente: «conseguir que el pueblo de Vietnam del Sur pueda decidir sobre su futuro», o «ayudar al país a ganar en su lucha... contra la conspiración comunista», o contener a China y evitar el efecto dominó, o proteger la reputación de Estados Unidos «como garante de la contrasubversión»[1]. A estos objetivos ha añadido Dean Rusk recientemente el de prevenir la Tercera Guerra Mundial, aunque este no se incluye, al parecer, en *Los documentos del Pentágono* ni parece haber desempeñado papel alguno en la relación de los hechos tal como la conocemos. La misma flexibilidad existe con respecto a las consideraciones tácticas: se iba a bombardear Vietnam del Norte para prevenir «el colapso de la

1. *The Pentagon Papers*, p. 190.

moral»[2] de Vietnam del Sur y, especialmente, la descomposición del gobierno de Saigón, pero antes de dar comienzo a los bombardeos, el gobierno ya había colapsado, «el caos reinaba en Saigón, los bombardeos tuvieron que ser retrasados y hubo que encontrar un nuevo objetivo»[3]. El nuevo objetivo era obligar a «Hanói a detener al Vietcong y al Pathet Lao», algo que ni siquiera la Junta de Jefes de Estado Mayor esperaba conseguir. Como dijeron, «sería ocioso deducir que estos esfuerzos vayan a tener un efecto decisivo»[4].

A partir de 1965, la idea de conseguir una victoria clara pasó a segundo plano y el objetivo consistió en «convencer al enemigo de que no podía ganar». Cuando fue imposible convencer al enemigo, apareció un segundo objetivo: «evitar una derrota humillante», como si lo principal de la derrota en una guerra fuera la humillación. Lo que revelan *Los documentos del Pentágono* es el inquietante temor al impacto que pudiera causar la derrota, no en el bienestar de la nación, sino «en la *reputación* de Estados Unidos y su presidente» (la cursiva es mía). Poco antes, durante los muchos debates mantenidos acerca de la conveniencia de utilizar el ejército de tierra contra Vietnam del Norte, el argumento

2. *Ibid.,* p. 312.
3. *Ibid.,* p. 392.
4. *Ibid.,* p. 240.

principal no había sido el temor a la derrota ni la preocupación por la suerte que pudieran correr los soldados en el caso de una retirada, sino el hecho de que «Una vez que las tropas estadounidenses estén allí, será muy difícil retirarlas sin *admitir* la derrota» (la cursiva es mía)[5]. Finalmente, estaba el objetivo «político»: «mostrar al mundo hasta dónde puede llegar Estados Unidos por un amigo» y por «cumplir sus compromisos»[6].

Todos estos objetivos coexistieron de una forma casi caótica; no se permitió que ninguno anulara a sus predecesores. Cada uno de ellos iba dirigido a una «audiencia» diferente y para cada uno fue necesario crear un «guion» distinto. La evaluación, tantas veces citada, que hace John T. McNaughton de los objetivos de Estados Unidos en 1965 –«el 70 % evitar una derrota humillante de Estados Unidos (y mantener nuestra reputación como garantes); el 20 % mantener a Vietnam del Sur, y el territorio adyacente, fuera de las manos de China; el 10 % conseguir que el pueblo de Vietnam del Sur disfrute de un modo de vida mejor y más libre»[7]– resulta refrescante por su honestidad, pero probablemente fue elaborada con el fin de introducir algo de orden y claridad en los debates sobre la siempre

5. *Ibid.*, p. 437.
6. *Ibid.*, pp. 434-436.
7. *Ibid.*, p. 432.

espinosa cuestión de por qué manteníamos una guerra en Vietnam. En el borrador de un informe anterior (1964) McNaughton había mostrado –quizá involuntariamente– su poca fe, incluso en una fase tan temprana de ese sangriento juego, en que se pudiera conseguir algún objetivo importante. «Si Vietnam del Sur se desintegrara completamente bajo nuestra mirada, deberíamos tratar de mantenerlo unido el tiempo suficiente como para poder intentar evacuar a nuestras tropas y *convencer al mundo* de la singularidad (e imposibilidad congénita) del caso de Vietnam del Sur» (la cursiva es mía)[8].

«Convencer al mundo»; «demostrar que Estados Unidos era "un buen médico" dispuesto a cumplir sus promesas, mostrarse duro, correr riesgos, mancharse de sangre, y golpear duramente al enemigo»[9]; utilizar «una nación diminuta y atrasada» desprovista de importancia estratégica «como *prueba* de la capacidad de Estados Unidos de ayudar a un país a sostener una "guerra de liberación"» (la cursiva es mía)[10]; mantener intacta una imagen de omnipotencia, de «liderazgo mundial»[11]; mostrar «la capacidad y la voluntad de Estados Unidos de imponerse en cuestiones internacionales»[12]; demostrar «la credibilidad de nues-

8. *Ibid.*, p. 368.
9. *Ibid.*, p. 255.
10. *Ibid.*, p. 278.
11. *Ibid.*, p. 600.
12. *Ibid.*, p. 255.

tros compromisos con amigos y aliados»[13]; en resumen, «*comportarnos* como» (la cursiva es mía) «la mayor potencia mundial» con el único fin de convencer al mundo de este «simple hecho» (en palabras de Walt Rostow)[14], ese fue el único objetivo permanente, que, desde el comienzo de la presidencia de Johnson, relegó a segundo plano todos los otros objetivos y teorías, la teoría del dominó y la estrategia anticomunista de las etapas iniciales del periodo de la Guerra Fría, así como la estrategia de contrainsurgencia tan cara al gobierno de Kennedy.

El objetivo último no era ni el poder ni el beneficio económico, ni siquiera ganar influencia en el mundo con el fin de servir intereses particulares tangibles, para obtener los cuales se necesitaba, y se debía utilizar, la imagen de «la mayor potencia mundial». El objetivo era ahora la imagen misma, como revela el lenguaje de los profesionales de la solución de problemas, con sus «escenarios» y sus «audiencias», un lenguaje tomado del teatro. Para lograr ese objetivo supremo, todas las políticas se convirtieron en medios intercambiables, hasta que, al fin, cuando todo apuntaba a la derrota en esa guerra de desgaste, el propósito ya no fue evitar la humillación sino encontrar las formas y los medios necesarios para no tener que admitirla y salvar las apariencias.

13. *Ibid.*, p. 600.
14. *Ibid.*, p. 256.

La creación de una imagen como política global –no conquistar el mundo sino vencer en la batalla por «conquistar las mentes de los ciudadanos»– constituye, desde luego, una nueva aportación al inmenso arsenal de desatinos humanos que registra la historia. Y esa política no la llevó a cabo una nación de tercera categoría siempre dispuesta a alardear para compensar su realidad, ni una de las antiguas potencias coloniales que, tras perder su posición como resultado de la Segunda Guerra Mundial, podía sentir la tentación, como le ocurrió a De Gaulle, de fingir la recuperación de su preeminencia con una fanfarronada, sino la «potencia dominante» al acabar la guerra. Quizá sea natural que los políticos electos –que tanto deben, o tanto *creen deber,* a sus directores de campaña– crean que la manipulación gobierna las mentes de los ciudadanos y, por lo tanto, es lo que realmente gobierna el mundo. (El rumor –del que ha informado recientemente la sección «Notas y comentarios» del *New Yorker*– según el cual «la Administración Nixon-Agnew planeaba una campaña, organizada y dirigida por su director de comunicación, Herb Klein, destinada a destruir la "credibilidad" de la prensa antes de las elecciones presidenciales de 1972» encaja perfectamente en esa mentalidad de relaciones públicas[15].)

15. *The New Yorker,* 10 de julio de 1971.

Lo sorprendente es la vehemencia con que una gran cantidad de «intelectuales» ofrecieron su colaboración entusiasta en esa empresa imaginaria, posiblemente porque les fascinaba la dimensión del ejercicio mental que parecía exigir. Quizá sea natural que los «solucionadores de problemas» que han aprendido a traducir contenidos fácticos al lenguaje de números y porcentajes para poder calcularlos no se dieran cuenta del indescriptible dolor que sus «soluciones» –los programas de reubicación y pacificación, la defoliación, el napalm y las balas antipersonas– deparaban a un «amigo» que «necesitaba ser salvado» y a un «enemigo» que ni quería ni podía serlo antes de que le atacáramos. Teniendo en cuenta que su objetivo eran las mentes de los ciudadanos, resulta asombroso que, al parecer, ninguno de ellos percibiera que «el mundo» podía llegar a temer la amistad y el compromiso de Estados Unidos» al ver «hasta dónde podía llegar para ser fiel a ellos»[16]. Ni la realidad ni el sentido común se abrieron paso en las mentes de los expertos en la solución de problemas[17] que infatigablemente preparaban sus guiones dirigidos a «audiencias relevantes», es decir, a «los comunistas (que debían ser sometidos a fuertes presiones), a los vietnamitas del Sur

16. *The Pentagon Papers*, p. 436.
17. En palabras de Leslie H. Gelb: «La política exterior había llegado a ser una "casa sin ventanas"», *Life*, *op. cit.*

(cuya moral debía elevarse), a nuestros aliados (que debían confiar en nosotros como garantes) y a los ciudadanos de Estados Unidos (que debían apoyar la decisión de arriesgar tanto las vidas de muchos norteamericanos como el prestigio del país)»[18].

Hoy sabemos hasta qué punto se juzgó erróneamente a esas audiencias; como afirma Richard J. Barnet en su excelente contribución al libro *Washington Plans an Aggressive War,* «la guerra se convirtió en un desastre porque los responsables de la Seguridad Nacional se equivocaron al juzgar a todas las audiencias»[19]. Pero el mayor error, el error fundamental, consistió en dirigirse a esas audiencias con los métodos de la guerra, decidir asuntos militares «desde una perspectiva política y de relaciones públicas» (entendiendo aquí por «política» las próximas elecciones presidenciales y por «relaciones públicas» la imagen que Estados Unidos proyectaba en el mundo) y pensar no en riesgos reales sino en «técnicas para minimizar el impacto de un mal resultado». Entre las propuestas relativas a estas últimas, se recomendaba la creación de «ofensivas de diversión en otras partes del mundo», junto con el lanzamiento de «un programa antipobreza para zonas subdesarrolladas»[20]. A McNaughton, el autor de

18. *The Pentagon Papers,* p. 436.
19. En Stavins, Barnet, Raskin, *op. cit.,* p. 209.
20. *The Pentagon Papers,* p. 438.

este informe, y, sin la menor duda, un hombre excepcionalmente inteligente, no se le ocurrió ni por un momento que esa diversión, a diferencia de la que se da en un teatro, habría tenido unas consecuencias muy graves y totalmente impredecibles; habrían cambiado el mundo en el que Estados Unidos se movía y llevaba a cabo su guerra.

Es este alejamiento de la realidad lo que preocupará al lector de *Los documentos del Pentágono* que tenga la paciencia de leerlos hasta el final. Barnet, en el ensayo mencionado anteriormente, dice lo siguiente sobre esta cuestión: «El modelo burocrático había desplazado totalmente a la realidad; los hechos duros y tozudos, reunidos por tantos analistas inteligentes y muy bien remunerados, fueron ignorados»[21]. Dudo que los defectos de la burocracia supongan una explicación suficiente para este problema, aunque ciertamente contribuyeron a facilitar que no se tuvieran en cuenta los hechos. En cualquier caso, la relación, o, mejor dicho, la falta de relación entre los hechos y las decisiones, entre los servicios de inteligencia y los departamentos civiles y militares, quizá sea el secreto más trascendental –y ciertamente el mejor guardado– que revelaron *Los documentos del Pentágono.*

Sería muy interesante llegar a saber qué fue lo que permitió a los servicios de inteligencia mantenerse

21. En Stavins, Barnet, Raskin, *op. cit.,* p. 24.

tan próximos a la realidad en ese ambiente de «Alicia en el País de las Maravillas» que los documentos atribuyen a las extrañas operaciones del gobierno de Saigón, pero que retrospectivamente parece corresponder más acertadamente al mundo ajeno a los hechos en el que se fijaban objetivos políticos y se tomaban decisiones militares. Porque en un principio el papel que jugaron los servicios de inteligencia en el Sudeste asiático no fue precisamente prometedor. Al comienzo de *Los documentos del Pentágono* se registra la decisión de emprender una «guerra secreta» en los primeros años de la presidencia de Eisenhower, cuando el poder ejecutivo todavía creía que necesitaba la autorización del Congreso para iniciar una guerra. Eisenhower era aún lo bastante chapado a la antigua como para creer en la Constitución. Se reunió con los líderes del Congreso y, al ser informado de que este no respaldaría esa decisión, decidió no llevar a cabo una intervención abierta[22].

Cuando más tarde, con la presidencia de Kennedy, se discutió la posibilidad de una «guerra abierta», es decir, de enviar «tropas de combate», «nunca se planteó seriamente la cuestión de la autoridad del Congreso con respecto a una guerra abierta contra una nación soberana»[23]. Incluso cuando durante la presidencia de Johnson se informó detalla-

22. *The Pentagon Papers*, pp. 5 y 11.
23. *Ibid.*, p. 268.

damente a los gobiernos extranjeros de nuestro plan de bombardear Vietnam del Norte, nunca, al parecer, se informó ni consultó a los líderes del Congreso[24].

Durante la presidencia de Eisenhower se creó, bajo el mando del coronel Edward Landslade, la Misión Militar de Saigón, la cual recibió la orden de «llevar a cabo operaciones paramilitares y emprender una guerra político-psicológica»[25], lo que, en la práctica, consistió en imprimir panfletos que divulgaban mentiras falsamente atribuidas al bando contrario, en verter «líquido contaminante en el motor» de los autobuses de Hanói antes de que los franceses abandonaran el Norte, en dar «clases de inglés a las amantes de personajes importantes» y en contratar a un equipo de astrólogos vietnamitas[26]. Esta ridícula fase se prolongó hasta comienzos de los años sesenta, cuando el ejército tomó las riendas de la situación. Después de la presidencia de Kennedy la doctrina de la contrainsurgencia pasó a segundo plano, quizá porque con el derrocamiento del presidente Ngo Dinh Diem se llegó a saber que las Fuerzas Especiales vietnamitas financiadas por la CIA «se habían convertido en el ejército privado de Mr. Nhu», hermano y asesor político de Diem[27].

24. *Ibid.*, pp. 334-335.
25. *Ibid.*, p. 16.
26. *Ibid.*, pp. 15 y ss.
27. *Ibid.*, p. 166.

Las ramas de los servicios secretos dedicadas a informar de hechos reales fueron apartadas de cualquier operación secreta que aún pudiera llevarse a cabo, lo que hizo posible que ellas al menos se encargaran de reunir datos y no de crear noticias. Ni estaban obligadas a informar de resultados positivos ni recibieron presiones por parte de Washington para proporcionar noticias favorables con las que alimentar la maquinaria de relaciones públicas o inventar cuentos de hadas acerca de «progresos continuados o avances prácticamente milagrosos año tras año»[28]. Como consecuencia de su relativa independencia, dijeron la verdad año tras año. Al parecer, los integrantes de estos servicios de inteligencia no decían «a sus superiores lo que estos querían oír», «las valoraciones [no] las llevaban a cabo los mismos que hacían el trabajo», y ningún jefe dijo a sus subordinados lo que «un mando de una división dijo a uno de sus asesores de distrito que insistía en informar de la tenaz pervivencia en su zona de aldeas del Vietcong no pacificadas: «Hijo, tú eres quien nos pone nota en este país. ¿Por qué nos fallas?"»[29]. Los responsables de las evaluaciones de los servicios de inteligencia estaban a millas de distancia de los expertos en la solución de problemas y su desdén con respecto a los hechos y a su carácter

28. *Ibid.*, p. 25.
29. Gelb, en *Foreign Policy, op. cit.;* Ellsberg, *op. cit.*

accidental. El precio que pagaron por esas ventajas objetivas fue que sus informes no ejercieron la menor influencia sobre las decisiones y propuestas del Consejo de Seguridad Nacional.

A partir de 1963, el único vestigio reconocible del periodo de guerra secreta fue la infame «estrategia de provocación», un programa de «intentos deliberados de incitar a la República Democrática del Vietnam del Norte a emprender acciones que pudieran ser respondidas por Estados Unidos con una campaña aérea sistemática»[30]. Este tipo de tácticas no se cuentan entre las artimañas bélicas. Han caracterizado a las policías secretas y llegaron a ser tristemente famosas, además de contraproducentes, en los últimos tiempos de la Rusia zarista, cuando los agentes del Ojrana, al organizar asesinatos espectaculares, «prestaron un considerable servicio, contra su voluntad, a las ideas de aquellos a quienes denunciaban»[31].

30. *The Pentagon Papers,* p. 313.
31. Maurice Laporte, *L'histoire de l'Okhrana,* París, 1935, p. 25.

Tres

La divergencia entre los hechos –expuestos por los servicios de inteligencia, aunque también, en ocasiones (como ocurrió excepcionalmente en el caso de McNamara), por los que tomaban las decisiones, y accesibles con frecuencia a un público informado– y las premisas, teorías e hipótesis en las que se basaban finalmente las decisiones fue total, y el alcance de los fracasos y desastres que hemos sufrido durante estos años solo puede comprenderse si se tiene firmemente en cuenta esa discrepancia. Recordaré, por lo tanto, al lector algunos de los ejemplos más destacados de ella.

Con respecto a la teoría del dominó, enunciada por primera vez en 1950[1], y que, como se ha dicho

1. *The Pentagon Papers,* p. 6.

anteriormente, sobrevivió «a los acontecimientos más trascendentales»: a la pregunta formulada en 1964 por el presidente Johnson, «Si Laos y Vietnam del Sur cayeran bajo el dominio de Vietnam del Norte, ¿caería también el resto del Sudeste asiático?», la CIA respondió: «Con la posible excepción de Camboya, es probable que ninguna nación de la zona sucumbiera a corto plazo al comunismo como resultado de la caída de Laos y de Vietnam del Sur»[2]. Cuando la Administración de Nixon planteó la misma cuestión cinco años después, «la CIA respondió... que [Estados Unidos] podía retirarse inmediatamente de Vietnam del Sur y todo el Sudeste asiático se mantendría como está al menos durante una generación más»[3]. Según *Los documentos del Pentágono,* «solo los Jefes de Estado Mayor, [Walt W.] Rostov y el general [Maxwell] Taylor, aceptaron, al parecer, la teoría del dominó en sentido literal»[4], pero lo importante en este caso es que los que no la aceptaron la utilizaron igualmente, no solo en declaraciones públicas sino también como base de sus razonamientos.

En cuanto a la afirmación de que los insurgentes de Vietnam del Sur estaban «dirigidos y apoyados externamente» por «una conspiración comunista»:

2. *Ibid.,* pp. 253-254.
3. *The Chicago Sun-Times,* citado por *The New York Times,* «The Week in Review», 27 de junio de 1971.
4. *The Pentagon Papers,* p. 254.

según la evaluación de los servicios de inteligencia en 1961, «entre el ochenta y el noventa por ciento de los miembros del Vietcong, que se calculaban en diecisiete mil, habían sido reclutados localmente, y existían pocas pruebas de que la organización recibiera suministros del exterior»[5]. Tres años después la situación no había cambiado: según un análisis de 1964 de los servicios de inteligencia, «la mayor parte de las fuerzas comunistas en Vietnam del Sur procede del mismo país»[6]. En otras palabras, el hecho elemental de que existía una guerra civil en Vietnam del Sur era conocido en los círculos de aquellos que tomaban las decisiones. ¿No había advertido el senador Mike Mansfield a Kennedy ya en 1962 de que enviar refuerzos militares a Vietnam del Sur significaría que «los norteamericanos dominarían la lucha en una guerra civil [lo cual] dañaría el prestigio de Estados Unidos en Asia y no ayudaría a que los vietnamitas del Sur llegaran a valerse por sí mismos»?[7]. Sin embargo, el bombardeo de Vietnam del Norte comenzó, en parte, como respuesta a la teoría según la cual «se podía abortar la revolución cortando la ayuda procedente del exterior». Se suponía que los bombardeos «quebrarían la voluntad» de Vietnam del Norte de ayudar a los rebeldes

5. *Ibid.,* p. 98.
6. *Ibid.,* p. 242.
7. Ellsberg, *op. cit.,* p. 247.

del Sur, aunque los que tomaban las decisiones (en este caso McNaughton) sabían acerca de la naturaleza autóctona de la rebelión lo suficiente como para dudar que el Vietcong «obedecería a un Vietnam del Norte que se desmoronaba»[8], mientras que los Jefes de Estado Mayor no creían que, para empezar, «esas acciones fueran a tener un efecto decisivo» sobre la voluntad de Hanói[9]. En 1965, según un informe de McNamara, algunos miembros del Consejo Nacional de Seguridad habían acordado que Vietnam del Norte «probablemente no cedería y que, en cualquier caso, era más probable que renunciara por el fracaso del Vietcong en el Sur que por el dolor que causaran las bombas en el Norte»[10].

Finalmente, ocupando solamente un lugar secundario con respecto a la teoría del dominó, estaban las grandes estratagemas basadas en la premisa de una conspiración de un mundo monolítico comunista y la existencia de un bloque chino-soviético, además de las hipótesis acerca del expansionismo chino. La idea de que China debía ser «contenida» ha sido refutada ahora, en 1971, por el presidente Nixon, pero hace más de cuatro años McNamara escribió: «En la medida en que nuestra interven-

8. *The Pentagon Papers,* p. 433.
9. *Ibid.,* p. 240.
10. *Ibid.,* p. 407.

ción original y nuestras acciones actuales en Vietnam han obedecido a nuestra percepción de la necesidad de detener el expansionismo chino en Asia, ya hemos logrado nuestros objetivos»[11]. Solo dos años antes se había mostrado de acuerdo en que el objetivo de Estados Unidos en Vietnam «no era ayudar a un amigo sino contener a China»[12].

Los críticos con respecto a la guerra han denunciado todas estas teorías porque, evidentemente, contradicen los hechos conocidos, como son la inexistencia de un bloque chino-soviético, algo sabido por cualquier conocedor de la historia de la revolución china y la decidida oposición de Stalin a ella, o el carácter fragmentario del movimiento comunista a partir de la Segunda Guerra Mundial. Unos cuantos críticos han ido más allá y han desarrollado su propia teoría: Estados Unidos, tras emerger como la mayor potencia del mundo al acabar la guerra, se embarcó en una clara política imperialista con el fin de dominar el mundo. La ventaja de esta teoría era que podría explicar la ausencia de un interés nacional en esta empresa –dado que lo que ha caracterizado siempre a los objetivos imperialistas es no haber estado guiados por intereses nacionalistas ni limitados por fronteras territoriales–, aunque no podía explicar el hecho de que este país insistiera absur-

11. *Ibid.*, p. 583.
12. *Ibid.*, p. 342.

damente en «malgastar sus recursos en el lugar equivocado» (como tuvo el valor de decir al presidente Johnson, en 1965, George Ball, subsecretario de Estado en esa Administración y el único asesor que se atrevió a romper el tabú y recomendar una retirada inmediata)[13].

Ciertamente, este no ha sido un caso en que se hayan utilizado «medios limitados para conseguir fines excesivos»[14]. ¿Era excesivo para una «superpotencia» añadir un pequeño país a su sarta de países clientelares o derrotar a «una nación diminuta y atrasada»? Ha sido más bien un ejemplo increíble de la utilización de medios excesivos para conseguir objetivos de poca importancia en una región de escaso interés. Y fue precisamente esta inevitable impresión de confusión y desacierto la que llevó finalmente al país a la convicción, «firme y generalizada, de que el *"establishment"* se ha vuelto loco. Tenemos la sensación de que estamos tratando de imponer a pueblos lejanos una imagen de Estados Unidos que no podemos comprender... y estamos llevando el asunto a extremos absurdos»[15], como escribió McNamara en 1967.

En cualquier caso, la edición de Bantam de *Los documentos del Pentágono* no contiene nada que res-

13. *Ibid.*, p. 414.
14. *Ibid.*, p. 584.
15. *Ibid.*, pp. 534-535.

palde la teoría de la existencia de grandiosas estratagemas imperialistas. En ella solo se menciona dos veces la importancia de las bases aéreas, navales y terrestres, decisivas en una estrategia imperialista: una vez, cuando la Junta de Jefes de Estado Mayor advirtió que «nuestras posibilidades en una guerra limitada» se verían «notablemente mermadas» si una «pérdida de control de territorio en el Sudeste asiático» diera lugar a la pérdida de «bases navales, terrestres y aéreas»[16], y otra, en el informe de McNamara de 1964, que dice explícitamente: «*No* necesitamos que [Vietnam del Sur] funcione como una base de Occidente o como un miembro de la Alianza Occidental» (la cursiva es mía)[17]. Durante este periodo, las únicas declaraciones públicas del gobierno norteamericano que casi se acercaron a decir la verdad fueron las repetidas afirmaciones, mucho menos plausibles que otras ideas basadas en las relaciones públicas, de que no buscábamos ganancias territoriales o cualquier otro beneficio tangible.

Eso no significa que, tras el colapso de las viejas potencias coloniales, Estados Unidos no hubiera podido llevar a cabo una política global de connotaciones imperialistas. *Los documentos del Pentágono,* tan desprovistos por lo general de noticias es-

16. *Ibid.,* p. 153.
17. *Ibid.,* p. 278.

pectaculares, revelan un incidente –que no pasó de ser un rumor, que yo sepa– que parece indicar hasta qué punto existió la posibilidad de una política global que finalmente perdió la partida frente a la creación de una imagen y el objetivo de conquistar las mentes. Según un cable enviado por un diplomático norteamericano en Hanói, Ho Chi Min escribió en 1945 y 1946 al presidente Truman varias cartas en las que solicitaba que Estados Unidos «apoyara la idea de la independencia de Annam siguiendo *el ejemplo de las Filipinas,* estudiara el caso de los annamitas y tomara las medidas necesarias para mantener la paz mundial que los esfuerzos franceses por reconquistar Indochina están poniendo en peligro» (la cursiva es mía)[18]. Es cierto; cartas semejantes fueron enviadas a otros países como China, Rusia y Gran Bretaña, ninguno de los cuales habría podido proporcionar en ese momento la protección que se solicitaba y que habría colocado a Indochina en la misma posición de semiautonomía de otros estados clientelares de Estados Unidos. Un segundo incidente igualmente sorprendente fue mencionado, al parecer, por el *Washington Post* en aquel momento y apareció recogido en la *Special China Series* –unos documentos publicados por el Departamento de Estado en agosto de 1969–, aunque solo atrajo la atención del público cuando Terence Smith infor-

18. *Ibid.,* pp. 4 y ss.

mó sobre él en el *New York Times*. Mao y Zhou En Lai se dirigieron al presidente Roosevelt en enero de 1945 «para tratar de establecer con Estados Unidos relaciones dirigidas *a evitar una dependencia total de la Unión Soviética*» (la cursiva es mía). Al parecer, Ho Chi Min nunca recibió respuesta y la información acerca de la propuesta china se ocultó porque, como ha comentado el profesor Allen Whiting, contradecía «la imagen de un comunismo monolítico dirigido desde Moscú»[19].

Aunque indudablemente los responsables de la toma de decisiones conocían los informes de los servicios de inteligencia, cuyo contenido relativo a hechos veraces debían, por decirlo así, eliminar en sus mentes día tras día, creo que es totalmente posible que no conocieran estos documentos anteriores que habrían desmentido sus premisas antes de que pudieran convertirse en teorías y ocasionar un grave daño al país. Ciertas extrañas circunstancias referentes a la reciente desclasificación, tan irregular como inesperada, de documentos clasificados como *top secret* apuntan en esa dirección. Resulta sorprendente que *Los documentos del Pentágono* fueran preparados durante años mientras que la Casa

19. *The New York Times*, 29 de junio de 1971. Acerca de este documento, Terence Smith cita el testimonio del profesor Whiting ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, publicado en *Foreign Relations of the United States: Diplomatic Papers 1945*, vol. VII: *The Far East, China*, Washington D.C., 1969, p. 209.

Blanca, el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa desconocían, al parecer, que se estuviera llevando a cabo un estudio semejante; pero resulta todavía más sorprendente que, una vez completado el trabajo, y con copias enviadas en todas direcciones en el seno de la burocracia gubernamental, la Casa Blanca y el Departamento de Estado ni siquiera pudieran localizar los cuarenta y siete volúmenes, lo que indica claramente que aquellos que deberían haber estado más interesados en su contenido nunca llegaron a verlos.

Esto arroja alguna luz acerca de uno de los peligros del exceso en la clasificación de documentos: no solo se niega a los ciudadanos y a sus representantes electos el acceso a lo que deben saber para formarse una opinión y tomar decisiones, sino que los que reciben la autorización para conocer los hechos relevantes permanecen cómodamente ajenos a ellos. Y esto no ocurre porque una mano invisible se los oculte deliberadamente, sino porque trabajan en unas condiciones y con unos hábitos mentales que no les facilitan ni la inclinación ni el tiempo necesarios para buscar hechos pertinentes entre montañas de documentos, noventa y nueve y medio por ciento de los cuales no deberían ser secretos y la mayoría de los cuales son irrelevantes con respecto a fines prácticos. Incluso ahora, cuando la prensa ha dado a conocer al público una parte de ese material clasificado y cuando se ha proporcionado el

estudio completo a los miembros del Congreso, no parece que los que más necesitan esa información lo hayan leído o vayan a leerlo nunca. En cualquier caso, el hecho es que, aparte de los que los reunieron, «los que leyeron esos documentos en el *Times* fueron los primeros que los estudiaron»[20], lo que induce a dudar de la idea, tan valorada, de que el gobierno necesita los *arcana imperii* para funcionar debidamente.

Si los misterios del gobierno han nublado las mentes de los responsables de las decisiones hasta tal punto que ya no conocen o recuerdan la verdad que hay detrás de sus ocultamientos y mentiras, toda operación de engaño, por bien organizado que esté su «maratón de campañas de información», en palabras de Dean Rusk, y por sofisticados que sean los trucos publicitarios de Madison Avenue, fracasará o resultará contraproducente, es decir, que confundirá a los ciudadanos sin convencerlos. Porque el problema de la mentira y el engaño es que su eficiencia depende totalmente de una idea clara de la verdad que el que miente y el que engaña desean ocultar. En este sentido, la verdad, incluso si no prevalece públicamente, posee una supremacía indestructible sobre la falsedad.

En el caso de la guerra de Vietnam, nos enfrentamos no solo a la falsedad y a la confusión, sino tam-

20. Tom Wicker en *The New York Times,* 8 de julio de 1971.

bién a una ignorancia realmente asombrosa, y totalmente sincera, respecto a los datos históricos pertinentes: los responsables de las decisiones no solo desconocían, al parecer, los hechos harto conocidos relativos a la revolución china y a la década de desavenencias entre Moscú y Pekín que la precedieron, sino que «nadie en las altas esferas sabía, o consideraba importante, que los vietnamitas hubieran luchado contra invasores extranjeros durante casi dos mil años»[21]. También ignoraban que la idea de que Vietnam es «una nación diminuta y atrasada» carente de interés para los países «civilizados» –una idea a menudo compartida, desgraciadamente, por los críticos de la guerra– se encuentra en flagrante contradicción con la cultura, tan antigua como sumamente desarrollada, de la región. Vietnam no carecía de «cultura», sino de importancia estratégica (un informe de los Jefes de Estado Mayor afirmaba en 1954: en Indochina «no hay objetivos militares de importancia decisiva»)[22], de un terreno adecuado para un ejército mecanizado moderno y de objetivos que compensasen la actuación de las fuerzas aéreas. Lo que causó la desastrosa derrota de las políticas norteamericanas y la intervención armada no fue el «empantanamiento» («la política de "un paso más" que prometía con cada paso el

21. Barnet en Stavins, Barnet, Raskin, *op. cit.,* p. 246.
22. *The Pentagon Papers,* p. 2.

éxito que el *paso* anterior también había *prometido* pero, inexplicablemente, no había podido lograr», descrita por Arthur Schlesinger, Jr. y citada por Daniel Ellsberg, quien, muy acertadamente, tilda esa idea de «mito»)[23], sino el desprecio, voluntario, deliberado y manifestado durante más de veinticinco años por la totalidad de los hechos geográficos, políticos e históricos.

23. Ellsberg, *op. cit.,* p. 219.

Cuatro

Si el modelo de «empantanamiento» es un mito, y si al parecer no existían grandes estratagemas imperialistas o la voluntad de conquistar el mundo, ni un interés por conseguir ganancias territoriales o un beneficio económico, ni, menos aún, la preocupación por la seguridad nacional; si, además, el lector se resiste a darse por satisfecho con ideas tan generales como la de «tragedia griega» (propuesta por Max Frankel y Leslie H. Gelb), o con leyendas del tipo de la puñalada por la espalda, tan apreciadas por los belicistas enfrentados a la derrota, entonces la pregunta planteada recientemente por Ellsberg, «¿Cómo han podido?»[1] –más que el engaño y la mentira *per se*– se convertirá en la cuestión crucial de

1. *Ibid.*, p. 235.

esta lamentable historia. Porque, después de todo, la verdad es que Estados Unidos era el país más rico y la mayor potencia del mundo al acabar la Segunda Guerra Mundial, y que hoy, solo un cuarto de siglo después, la metáfora de Nixon del «gigante lastimoso e impotente» supone una descripción incómodamente válida del «país más poderoso de la tierra».

Incapaz de derrotar a un pequeño país en seis años de guerra abierta, con «una superioridad militar de mil contra uno»[2], e incapaz de resolver sus problemas internos y detener la rápida decadencia de sus grandes ciudades –después de malgastar sus recursos hasta un punto en que la inflación y la devaluación de su moneda amenazan tanto a su comercio internacional como al nivel de vida de sus ciudadanos–, el país corre peligro de perder mucho más que su reivindicación del liderazgo mundial. Incluso si se anticipa el juicio de los historiadores futuros que quizá vean estos sucesos en el contexto de la historia del siglo XX, cuando las naciones derrotadas en dos guerras consiguieron levantarse y competir con los vencedores (principalmente porque estos les obligaron a liberarse durante un periodo relativamente largo del despilfarro que suponían los gastos militares y de armamento), resulta difícil aceptar todo el esfuerzo malgastado en demostrar la impotencia del grande –aunque se pueda ver con

2. Barnet en Stavins, Barnet, Raskin, *op. cit.*, p. 248.

agrado esta inesperada actualización a gran escala del triunfo de David sobre Goliat.

La primera explicación que viene a la mente como respuesta a la pregunta «¿Cómo han podido?» apunta, probablemente, a la conexión entre engaño y autoengaño. En la competición entre las declaraciones públicas, siempre excesivamente optimistas, y los informes veraces de los servicios de inteligencia, persistentemente pesimistas y ominosos, las declaraciones públicas tenían todas las de ganar simplemente porque eran públicas. La gran ventaja de las propuestas públicamente establecidas y aceptadas frente a la verdad que un individuo puede conocer o creer secretamente queda claramente ilustrada por la anécdota medieval según la cual un centinela encargado de avisar a los ciudadanos de la proximidad del enemigo dio una falsa alarma, como broma, y luego corrió a las murallas para defender a la ciudad frente a sus imaginarios enemigos. De esto se puede deducir que cuanto más éxito tenga el mentiroso, cuanto más convincente haya sido, más fácilmente terminará creyendo, probablemente, sus propias mentiras.

En *Los documentos del Pentágono* encontramos personas que hicieron todo lo posible por conquistar las mentes de los ciudadanos, es decir, por manipularlos, pero como operaban en un país libre, en el que todo tipo de información estaba disponible, nunca llegaron a conseguirlo. A causa de su posi-

ción relativamente alta y del puesto que ocupaban en el gobierno, se encontraban más protegidos –a pesar de su acceso privilegiado a documentos clasificados como *top secret*– frente a esa información pública (que también decía más o menos la verdad de los hechos) que aquellos a los que pretendían convencer y a los que probablemente consideraban meras audiencias, «mayorías silenciosas», supuestos espectadores de producciones ideadas por sus guionistas. El hecho de que *Los documentos del Pentágono* apenas revelen noticias espectaculares atestigua el fracaso de los mentirosos en su afán por crear una audiencia convencida a la cual pudieran unirse después.

Aun así, la presencia de lo que Ellsberg ha llamado el proceso de «autoengaño interior»[3] está fuera de toda duda, pero fue como si el proceso normal del autoengaño se hubiera invertido: el engaño no terminaba en autoengaño. Los que engañaban comenzaban por autoengañarse. Probablemente a causa de su posición y de una asombrosa confianza en sí mismos, estaban tan convencidos de obtener un éxito aplastante –no en el campo de batalla, sino en el de las relaciones públicas– y de lo acertado de sus premisas psicológicas con respecto a las posibilidades ilimitadas de manipular a la gente, que *anticiparon* que creerían en ellos y que vencerían en la batalla por la opinión pública. Y como en cualquier

3. *Op. cit.*, p. 263.

caso vivían en un mundo ajeno a la realidad fáctica, no les resultó difícil prestar tan poca atención al hecho de que su audiencia se negaba a ser convencida como la que prestaban a cualquier otro hecho.

El mundo interior del gobierno, con su burocracia por una parte y su vida social por la otra, hacía relativamente fácil el autoengaño. Ninguna torre de marfil de los eruditos ha preparado la mente para ignorar los hechos de la vida mejor de lo que lo han hecho los distintos laboratorios de ideas con respecto a los expertos en solución de problemas y la reputación de la Casa Blanca con respecto a los asesores de los presidentes. En ese ambiente, en el que la derrota era menos temida que tener que admitir la derrota, fue en el que se fraguaron las engañosas declaraciones acerca de los desastres de la ofensiva del Tet y la invasión de Camboya. Pero aún más importante es que la verdad acerca de cuestiones decisivas se ocultara en esos círculos –pero solo en ellos– por la preocupación acerca de evitar que aquel fuera «el primer presidente de Estados Unidos que perdiera una guerra» y por la inquietud, siempre presente, respecto a las siguientes elecciones.

En cuanto a la solución de problemas, en contraste con la gestión de las relaciones públicas, ni el autoengaño ni el «autoengaño interior» constituyen una respuesta satisfactoria a la pregunta «¿Cómo han podido?». El autoengaño presupone una distinción entre la verdad y la falsedad, entre el hecho

y la fantasía, y, por lo tanto, un conflicto entre el mundo real y el engañador autoengañado, un conflicto que desaparece en un mundo enteramente ajeno a los hechos. Washington y su extensa burocracia gubernamental, al igual que los diversos laboratorios de ideas del país, proporcionan a los profesionales de la solución de problemas un hábitat natural para la mente y el cuerpo. En el terreno de la política, en el que el secreto y el engaño deliberado siempre han jugado un papel significativo, el autoengaño es el peligro por excelencia; el engañador autoengañado pierde todo contacto no solo con su audiencia, sino también con el mundo real, que aun así le alcanzará porque el engañador puede apartar su mente de él pero no su cuerpo. Los expertos en la solución de problemas, que conocían todos los hechos que les presentaban regularmente los informes de los servicios de inteligencia, solo tenían que confiar en sus técnicas, es decir, en los distintos modos de traducir cualidades y contenidos a cantidades y números con los que calcular resultados –que, inexplicablemente, nunca se cumplían– para eliminar, día tras día, lo que sabían que era real. El motivo por el que esto pudo funcionar durante tantos años radica en que «los fines que perseguía el gobierno de Estados Unidos eran casi exclusivamente psicológicos»[4], es decir, cuestiones mentales.

4. Barnet en Stavins, Barnet, Raskin, *op. cit.,* p. 209.

Al leer los memorándums, las opciones, los escenarios, la forma en que se imputaban porcentajes a los riesgos y resultados potenciales de posibles acciones –«demasiado riesgo para resultados tan menguados»[5]–, a veces se tiene la impresión de que era un ordenador, y no los que tomaban las decisiones, el que hacía y deshacía en el Sudeste asiático. Los expertos en la solución de problemas no *juzgaban* sino que calculaban. Su confianza en sí mismos no requería siquiera el autoengaño para mantenerse firme en medio de tantos errores, porque se basaba en la evidencia de la verdad puramente racional de las matemáticas. Solo que, naturalmente, esa «verdad» era totalmente irrelevante con respecto al problema en cuestión. Por ejemplo, se puede calcular que cierta acción «es menos probable que más probable que conduzca a una guerra»[6], pero eso no significa que podamos elegirla, aunque la proporción sea de ochenta frente a veinte, debido a la enormidad y a la *naturaleza incalculable* del riesgo. Y lo mismo puede decirse cuando la probabilidad de un cambio en el gobierno de Saigón frente a «la eventualidad de que acabáramos como los franceses en 1954»[7] se calcula en un setenta por ciento frente al treinta por ciento[8].

5. *The Pentagon Papers*, p. 576.
6. *Ibid.*, p. 575.
7. *Ibid.*, p. 98.
8. Leslie H. Gelb sugiere con toda seriedad que, dado que la mentalidad de «nuestros líderes» obedece a que «su carrera ha

La perspectiva es buena para un jugador, pero no para un estadista, e incluso el jugador debería tener en cuenta lo que ganar o perder supondría para su vida cotidiana. Perder podría significar una ruina total, mientras que ganar supondría solamente una mejora, bienvenida pero no esencial, de sus finanzas. Solo si el jugador no arriesga nada real –un poco más o menos de dinero no es probable que cambie su nivel de vida– puede confiar en el juego de los porcentajes. El problema de nuestra actuación en la guerra de Vietnam ha sido que un control semejante, impuesto por la realidad, no existió nunca en las mentes de los que tomaban las decisiones ni de los profesionales de la solución de problemas.

Es cierto que la política norteamericana no perseguía objetivos reales, buenos o malos, que pudieran limitar o controlar la pura fantasía: «En Vietnam no se ha buscado una ganancia territorial o económica. El objetivo de esta enorme y costosa empresa ha sido crear un estado mental específico»[9]. Y el motivo por el que se permitió pagar un precio tan alto, tanto en vidas humanas como en recursos materiales, para obtener unos fines políticamente irrelevantes debe buscarse no solamente en la desgraciada superabundancia de este país, sino en su incapaci-

consistido en una serie de jugadas afortunadas, esperaban conseguir lo mismo en Vietnam», *Life, op. cit.*

9. Barnet en Stavins, Barnet, Raskin, *op. cit.,* p. 209.

dad para comprender que incluso un enorme poder es *limitado*. Tras el tópico, constantemente repetido, de «la mayor potencia del mundo» se ocultaba el peligroso mito de la omnipotencia.

Del mismo modo que Eisenhower fue el último presidente en solicitar «la autorización del Congreso para enviar tropas norteamericanas a Indochina», su Administración fue la última en darse cuenta de que «asignar algo más que unas fuerzas armadas simbólicas a esa zona supondría una seria desviación con respecto a las posibilidades *limitadas* de Estados Unidos» (la cursiva es mía)[10]. A pesar de todas las estimaciones posteriores respecto a «costes, resultados y riesgos» de ciertas acciones, los encargados de los cálculos nunca tuvieron en cuenta limitación alguna que no fuera psicológica. Los únicos límites que percibían eran los que imponían las mentes de los ciudadanos, hasta qué punto soportarían la pérdida de vidas norteamericanas, que no debía superar, por ejemplo, la causada por accidentes de tráfico. Pero, al parecer, nunca pensaron que hay un límite para los recursos que incluso este país puede malgastar sin ir a la bancarrota.

Esta combinación letal de la «arrogancia del poder» –la búsqueda de una imagen de omnipotencia distinta del objetivo de conquistar el mundo contando con unos inexistentes recursos ilimitados– y

10. *The Pentagon Papers*, pp. 5, 13.

la arrogancia mental, una confianza absolutamente irracional en la capacidad de someter a cálculos la realidad, se convirtió en el *leitmotiv* de los procesos de toma de decisiones desde el comienzo de la escalada en 1964. Lo que no significa afirmar que los rigurosos métodos de eliminación de los hechos practicados por los especialistas en la solución de problemas originaran esta marcha implacable hacia la autodestrucción.

A los expertos en la solución de problemas, que se ofuscaron debido a su confianza en la capacidad de cálculo de su cerebro a expensas de la capacidad mental del hombre con respecto a la experiencia y a la posibilidad de aprender de ella, les precedieron los ideólogos del periodo de la Guerra Fría. El anticomunismo –no la vieja hostilidad de Estados Unidos, a menudo cargada de prejuicios, con respecto al socialismo y al comunismo, tan fuerte en los años veinte y todavía uno de los pilares de la Administración de Roosevelt, sino la ideología global de la posguerra– fue originalmente creado por antiguos comunistas que necesitaban una nueva ideología con la que explicar y pronosticar de forma fiable el curso de la historia. De esta ideología surgieron todas las «teorías» en Washington desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. He mencionado hasta qué punto el desconocimiento de todos los hechos pertinentes y la actitud deliberada de ignorar los cambios posteriores a la guerra caracterizaron la doctri-

na del *establishment*. Ellos no necesitaban hechos ni información; tenían una teoría y los datos que no encajaban en ella eran negados o ignorados.

Los métodos de esa generación anterior –los métodos de Rusk a diferencia de los de McNamara– eran menos complicados, menos inteligentes, por decirlo así, que los de los expertos en la solución de problemas, pero no menos eficaces en cuanto a proteger a la gente del impacto de la realidad y en cuanto a arruinar la capacidad mental de juzgar y aprender. Esos hombres se enorgullecían de haber aprendido del pasado: del dominio de Stalin sobre todos los partidos comunistas –de ahí la idea de un «comunismo monolítico»– y del hecho de que Hitler hubiera dado comienzo a una guerra mundial después de Múnich, del cual dedujeron que cada gesto de reconciliación era un «segundo Múnich». Eran incapaces de enfrentarse a la realidad porque tenían siempre presente un paralelismo que les ayudaba a comprenderla. Cuando Johnson, todavía vicepresidente en el gobierno de Kennedy, volvió de un viaje de inspección a Vietnam del Sur y declaró alegremente que Diem era «el Churchill de Asia», lo lógico habría sido que el juego de paralelismos hubiera acabado en ese mismo momento por absurdo, pero no fue así. Aunque tampoco puede decirse que los críticos de la guerra de la izquierda pensaran de forma diferente. La extrema izquierda adolecía de una lamentable inclinación a denunciar

como «fascista» o «nazi» todo lo que le desagradaba (a menudo con toda razón), y de calificar cada matanza de genocidio, cosa que evidentemente no era, lo cual solo podía contribuir a crear una mentalidad totalmente dispuesta a perdonar una masacre y otros crímenes de guerra mientras no fueran genocidios.

Los expertos en la solución de problemas estaban en gran medida libres de los pecados de los ideólogos; creían en métodos pero no en «concepciones mundiales», por lo cual, incidentalmente, se les pudo confiar la tarea de «reunir todos los documentos del Pentágono relativos a la participación de Estados Unidos en la guerra»[11] de un modo «enciclopédico y objetivo»[12]. Pero aunque, en cuanto a las políticas, no creían en explicaciones generalmente aceptadas, como la teoría del dominó, esas mismas explicaciones, con sus diferentes métodos de eliminación de los hechos, proporcionaron el ambiente y el fundamento a partir de los cuales dieron comienzo a su trabajo: después de todo, tenían que convencer a guerreros de la Guerra Fría, cuyas mentes resultaron estar perfectamente preparadas para los juegos abstractos que les ofrecían.

Una de las teorías de Walt Rostow, «el intelectual más importante» de la Administración de Johnson,

11. *Ibid.*, p. XX.
12. *Ibid.*, p. XVIII.

ilustra cómo actuaban esos guerreros cuando se les dejaba proceder por sí mismos. La «teoría» de Rostow se convirtió en una de las principales justificaciones de la decisión de bombardear Vietnam del Norte frente al consejo de «prestigiosos analistas de sistemas del Departamento de Defensa de McNamara». Al parecer su teoría se basaba en la opinión de Bernard Fall, uno de los críticos de la guerra más agudo y mejor informado, quien había sugerido que «Ho Chi Min *podía* dejar de apoyar la guerra en el Sur si algunas de sus nuevas plantas industriales llegaban a convertirse en objetivos militares»[13] (la cursiva es mía). Se trataba de una hipótesis, una posibilidad que tenía que ser confirmada o refutada. Pero, desgraciadamente, esa observación coincidió con las teorías de Rostow acerca de la guerra de guerrillas y se transformó en un «hecho»: el presidente Ho Chi Min «tiene un complejo industrial que proteger; ya no es un guerrillero que no tiene nada que perder»[14]. Esto, en retrospectiva, parece a los ojos de los analistas un «error colosal»[15], pero la cuestión es que ese «error» pudo llegar a ser «colosal» solo porque nadie quiso corregirlo a tiempo. Muy pronto se hizo evidente que el país no estaba lo bastante industrializado como para sufrir un perjuicio

13. Barnet en Stavins, Barnet, Raskin, *op. cit.*, p. 212.
14. *The Pentagon Papers*, p. 241.
15. *Ibid.*, p. 469.

grave a causa de los ataques aéreos en una guerra *limitada* cuyo objetivo, cambiante a lo largo de los años, nunca fue destruir al enemigo, sino «doblegar su voluntad». Y la voluntad del gobierno de Hanói, poseyeran o no los vietnamitas del Norte la que en opinión de Rostow era una actitud necesaria en un guerrillero, se negó a ser «doblegada».

Sin duda esta imposibilidad de distinguir entre una hipótesis plausible y el hecho que debe confirmarla, es decir, tratar las hipótesis y las simples «teorías» como hechos probados –algo que llegó a ser habitual en las ciencias sociales y en la psicología durante el periodo en cuestión–, carece del rigor de los métodos utilizados por los expertos en teorías del juego y los analistas de sistemas. Pero las dos cosas –tanto la incapacidad como el rechazo a tener en cuenta la experiencia y aprender de la realidad– tienen el mismo origen.

Esto nos lleva a la raíz de la cuestión, que, al menos parcialmente, puede contener la respuesta a la pregunta: ¿Cómo pudieron no solo iniciar estas políticas sino también llevarlas a cabo hasta el amargo y absurdo final? Tanto la eliminación de los hechos como la técnica de solución de problemas fueron bienvenidas porque el desprecio por la realidad era inherente a sus políticas y sus objetivos. ¿Por qué tenían que saber nada acerca de la Indochina real cuando no era más que un posible precedente, o un dominó, o solo un medio para «contener a China»

o para demostrar que *somos* la más poderosa de las superpotencias? Lo mismo puede decirse respecto a bombardear Vietnam del Norte con el objetivo ulterior de levantar la moral en Vietnam del Sur[16] y sin la clara intención de conseguir una victoria definitiva y poner fin al conflicto. ¿Cómo podían estar interesados en algo tan real como la victoria cuando seguían adelante con la guerra, no por conseguir una ganancia territorial o un beneficio económico, ni por ayudar a un amigo o cumplir un compromiso, ni siquiera por la realidad del poder en contraposición a su imagen?

Cuando se llegó a este punto de la partida, la premisa inicial inherente a la teoría del dominó, según la cual no debería importarnos ni la región ni el país por sí mismos, se convirtió en «qué importa el enemigo». ¡Y esto en medio de una guerra! El resultado fue que el enemigo, pobre, maltratado y quebrantado, se hizo más fuerte mientras que «el país más poderoso» se debilitaba año tras año. Hay actualmente historiadores según los cuales Truman lanzó la bomba atómica en Hiroshima para asustar a los rusos y lograr que abandonaran Europa del Este (con el resultado de todos conocido). Si eso es cierto, y es muy posible que lo sea, podemos retrotraer el origen de nuestro desprecio por las consecuencias reales de una acción dirigida a conseguir

16. *Ibid.,* p. 312.

un fin ulterior al desgraciado crimen de guerra que puso punto final a la última guerra mundial. En cualquier caso, la doctrina de Truman, como ha señalado Leslie H. Gelb, «describía un mundo lleno de dominós».

Cinco

Al comienzo de este análisis he tratado de sugerir que los aspectos de *Los documentos del Pentágono* que he elegido –el engaño, el autoengaño, la creación de una imagen, la ideologización y la negación de la realidad fáctica– no son en absoluto los únicos que merecen ser estudiados y de los que podemos aprender. Está, por ejemplo, el hecho de que este esfuerzo de autoexamen, sistemático y masivo, fue encargado por uno de los actores, de que para compilar los documentos y analizarlos se pudo encontrar a treinta y seis hombres, muchos de los cuales «habían contribuido a diseñar y llevar a cabo las políticas que luego se les pidió que evaluaran»[1], que uno de los autores, cuando se hizo evidente que na-

1. *Ibid.*, p. XVIII.

die en el gobierno estaba dispuesto a utilizar o siquiera leer los resultados, los hizo públicos filtrándolos a la prensa y que, finalmente, los periódicos más respetados del país se atrevieron a dar la máxima difusión a un material que llevaba el sello de *top secret.* Neil Sheehan ha dicho, con razón, que la decisión de Robert McNamara de averiguar qué se hizo mal y por qué «puede ser una de las decisiones más importantes que tomó durante los siete años que permaneció en el Pentágono»[2]. Desde luego restauró, al menos momentáneamente, la reputación de este país en el mundo. Lo que había sucedido difícilmente podía haber ocurrido en otro país. Fue como si todas esas personas implicadas en una guerra injusta, y comprometidas con ella, hubieran recordado de pronto lo que debían al «respeto por la opinión de la humanidad» que habían mostrado sus antepasados.

Lo que exige un estudio más riguroso y detallado es el hecho, muy comentado, de que *Los documentos del Pentágono* revelaron muy pocas noticias significativas que no hubieran estado anteriormente al alcance del lector medio de diarios y semanarios. Tampoco hay argumentos en la «Historia del proceso de toma de decisiones en Estados Unidos acerca de la política sobre Vietnam», a favor o en contra, que no se hayan debatido públicamente durante años en

2. *Ibid.,* p. IX.

revistas o programas de radio y televisión. (Aparte de posturas personales, y sus modificaciones, los distintos puntos de vista que mantuvieron los servicios de inteligencia sobre cuestiones básicas es lo único que, por lo general, se desconocía.) Que los ciudadanos tuvieran acceso durante años al material que el gobierno trató inútilmente de ocultarles da fe de la integridad y el poder de la prensa de forma más contundente que el modo en que el *New York Times* publicó el relato. Lo que se ha sugerido con frecuencia ha quedado confirmado ahora: mientras la prensa sea libre y no esté corrompida, tiene una función enormemente importante que cumplir y sin duda merece el nombre de cuarto poder. Otra cosa es si la Primera Enmienda bastará para proteger esta libertad política esencial: el derecho a una información de los hechos no manipulada, sin el cual la libertad de opinión se convierte en una burla cruel.

Finalmente, los que creímos que este país se había embarcado en una política imperialista, que había olvidado totalmente sus sentimientos anticolonialistas y quizá estaba logrando imponer la *Pax Americana* que había denunciado el presidente Kennedy tenemos una lección que aprender. Sean cuales fueren los motivos de esas sospechas, que podían estar justificadas por nuestra política con respecto a Latinoamérica, si unas guerras a pequeña escala no declaradas –operaciones rápidas y agresivas en el ex-

tranjero– se encuentran entre los medios necesarios para lograr fines imperialistas, a Estados Unidos le resultará más difícil que a cualquier otro país llevarlas a cabo con éxito. Porque si bien la desmoralización de las tropas norteamericanas ha alcanzado ahora proporciones sin precedentes –según *Der Spiegel,* el año pasado se contaron 89.088 desertores, 100.000 objetores de conciencia y decenas de miles de drogadictos[3]–, lo cierto es que la desintegración del ejército comenzó mucho antes y fue precedida por un proceso semejante durante la guerra de Corea[4]. Basta con hablar con algunos veteranos de esta guerra –o leer el sobrio y revelador reportaje de Daniel Lang, publicado por *The New Yorker*[5], sobre un caso bastante típico– para darse cuenta de que para que este país pueda llevar a cabo con éxito políticas arriesgadas y agresivas tendría que darse un cambio decisivo en «el carácter nacional» del pueblo norteamericano. Y lo mismo podría deducirse de la oposición extraordinariamente fuerte, altamente cualificada y bien organizada que ha surgido de vez en cuando en este país. Los vietnamitas del Norte que siguieron cuidadosamente esos procesos durante años, siempre pusieron en ellos todas sus esperanzas, y, al parecer, no se equivocaron.

3. *Der Spiegel,* n.º 35, 1971.
4. Eugene Kinkead, «Reporter at large», *The New Yorker,* 26 de octubre de 1957.
5. *The New Yorker,* 4 de septiembre de 1971.

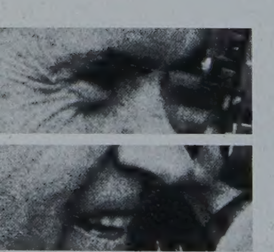
Indudablemente, todo esto puede cambiar. Pero algo ha quedado claro en los últimos meses: los débiles intentos del gobierno por eludir las garantías constitucionales e intimidar a aquellos que han decidido no dejarse intimidar, que prefieren ir a la cárcel antes que ver mermadas sus libertades, no bastan, ni probablemente bastarán, para destruir la República. Tenemos motivos para esperar, como el veterano de Daniel Lang –uno de dos millones y medio–, «que el país pueda recuperar su mejor aspecto como resultado de la guerra. "Sé que no es nada por lo que me atrevería a apostar", dijo, "pero tampoco lo es ninguna otra cosa en la que pueda pensar"»[6].

6. *Ibid.*

PVP A ISBN 978-84-1362-810-3 3406319 CIENCIAS SOCIALES

En *La mentira en política* Arendt propone un brillante diagnóstico de las trampas epistémicas mediante las que un gobierno puede desentenderse de rendir cuentas de la realidad y los hechos, reduciendo el vínculo con la ciudadanía a mera manipulación y propaganda. El escrito encuentra en el contexto de la transformación contemporánea de la política un punto de inflexión esperanzador en la divulgación periodística de que fueron objeto en su día los Documentos del Pentágono, tan reveladores del sinsentido resultante de la obsesiva conversión de la imagen política de líderes y naciones en principal instrumento de gobierno. Con ello, Arendt denuncia *avant la lettre* fenómenos tan actuales como la "posverdad", previniendo a los Estados de los perniciosos efectos materiales que genera supeditar la agenda política al dictado de relatos falaces y técnicas demoscópicas.

Introducción de Nuria Sánchez Madrid



Alianza editorial
El libro de bolsillo

